



Pirámide del Sol, en Teotihuacán. Este misterioso centro cultural de la altiplanicie mexicana tuvo una existencia milenaria, pues surgió hacia el siglo IV a. de J. C. y desapareció hacia el año 650 d. de J. C. Importantísimo centro religioso, en él se construyeron, además de otros edificios, las célebres pirámides del Sol y de la Luna.

Las altas culturas centroamericanas

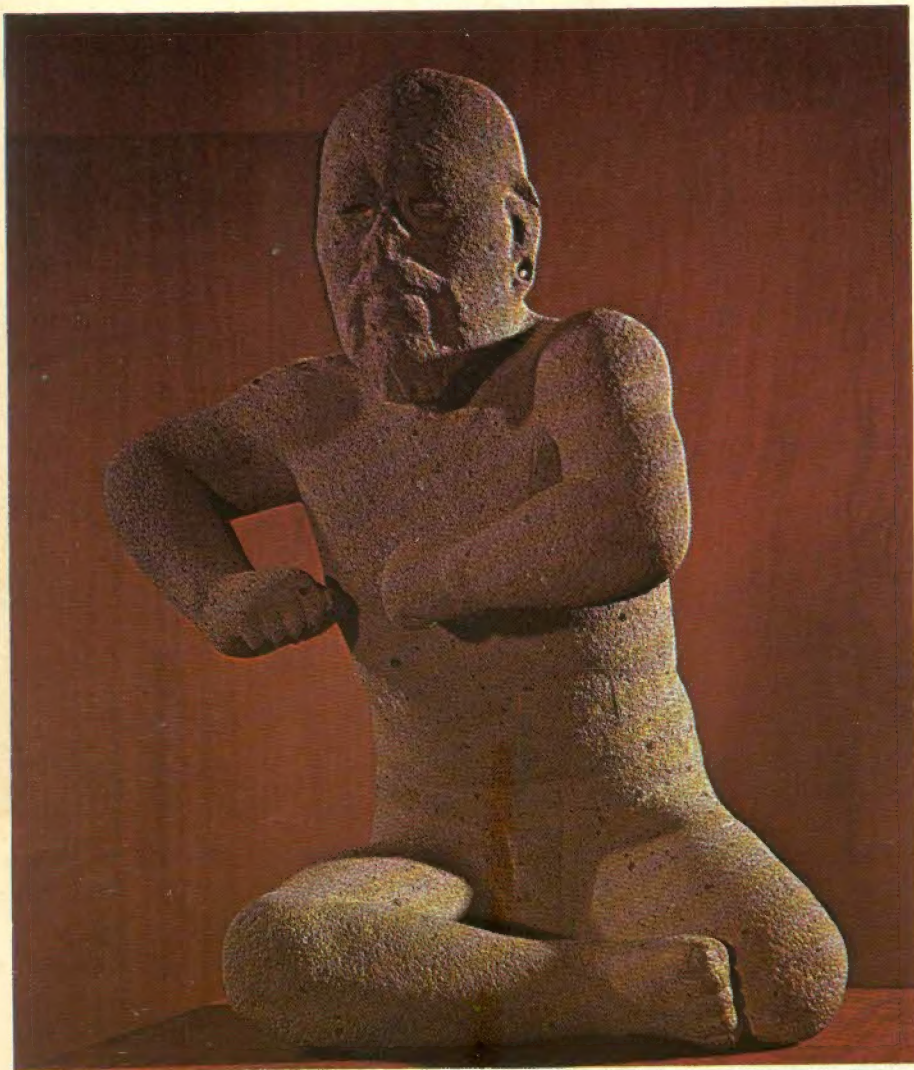
por LUIS PERICOT

Hemos descrito en el capítulo anterior cómo los grupos originales de invasores de América lograron, tras un esfuerzo ingente, poblar el doble continente. Impulsados por su interna capacidad y por ideas recibidas de fuera, traídas en forma aislada o por la presión de nuevos grupos humanos que venían a sumarse a la colosal empresa de crear un Nuevo Mundo, aunque lo hicieran sin darse cuenta del futuro extraordinario de lo que estaban gestando, lograron realizar los progresos que hemos presentado en forma sucinta.

Sobre esta base, que presentaba ya sus matices y desigualdades, algunas comarcas americanas lograron sobresalir y crearon grandes imperios, con manifestaciones culturales extraordinarias que pueden competir

con lo que en el Viejo Mundo se creó en lo que llamamos Próximo Oriente. Estas altas culturas americanas se hallaban, sin duda, en camino de una innegable modernidad —estados organizados, metalurgia, escritura— cuando la llegada de los españoles cortó su desarrollo natural, interrumpiendo así una evolución que es imposible imaginar hasta dónde y por qué caminos habría progresado.

Centroamérica y las tierras andinas septentrionales y centrales son los focos donde tales progresos pueden ser estudiados durante los dos milenios aproximadamente que parece abarcar el ciclo de ese avance cultural. La meseta mexicana, el Yucatán y sus tierras vecinas meridionales y la alta meseta peruano-boliviana van a ser los escenarios de los más sorprendentes progresos. A su lado, y



Luchador olmeca (Museo Nacional de Antropología, México). A los llamados olmecas se atribuye el preclásico medio de las altas culturas centro-americanas. En sus diversos tipos de escultura, los rasgos mongoloides son acentuados.

en buena parte como precursores suyos, observaremos interesantes provincias culturales: toltecas en México central; olmecas y otros grupos vecinos más al Sur, en el mismo país; culturas de la Costa y de la Sierra en el Ecuador y litoral peruano; culturas chibchas en Colombia, etc.

Todos estos grupos presentan una evolución semejante. Tras las etapas que llamamos formativas y arcaicas, conocen un proceso de gran desarrollo cultural que forma lo que podemos llamar etapa clásica y que termina más o menos alrededor del año 800. A partir del año 1000 surge un renacimiento que vuelve a crear grandes estados. Pero en contraste con el sentido teocrático que tuvieron los de la primera etapa, dominan las formas militaristas en imperios conquistadores.

Otro rasgo que se da en esas altas culturas americanas es el de que poseemos ya sus tradiciones, que quedaron escritas en parte tras la conquista española, y verdaderos textos escritos en los incipientes sistemas de escritura que los indígenas llegaron a conocer.

Asombra el detalle y la precisión con que tales recuerdos y tradiciones han sido conservados en la memoria de descendientes de las dinastías indígenas. Naturalmente, mucho se destruyó en los azares de la conquista y la interpretación de los datos no es fácil. La arqueología, muy rica en estas regiones, ofrece también una ayuda de gran eficacia. Combinando sus datos con la tradición histórica, podemos, a partir de esta fase cultural, reconstruir con probabilidad de acierto el pasado de los pueblos que los españoles sometieron en una epopeya que parecía imposible. Muchos problemas se nos presentarán, sin embargo, cuyo enigma no ha podido aún ser desvelado.

El más sugestivo de tales enigmas es el que se nos plantea al preguntarnos si estas altas culturas, obra de pueblos que en relativo poco tiempo han pasado de una vida rudimentaria a un grado envidiable de organización y técnica, han sido impulsadas o no por influencias de pueblos civilizados contemporáneos. Podríamos pensar, como algunos han hecho, en la influencia egipcia o en la fenicia y mediterránea en general. Mejor nos parece aceptar la influencia asiática, desde la China y el sudeste del continente. La llegada de un grupo o de unos pocos individuos, aunque fuera un solo náufrago, puede haber sido decisiva en algún caso. Que ello era posible no puede dudarse después de las travesías de Heyerdahl y otros no menos osados navegantes, y sobre todo cuando arqueólogos tan concienzudos como Betty Meggers y Clifford Evans han demostrado la presencia de pescadores japoneses con cerámicas del estilo de Jomon, que corresponde al neolítico nipón, y que habían alcanzado las costas ecuatorianas. Que además de tal posibilidad existen paralelos convincentes, creo que es innegable. Los tipos artísticos, la decoración de objetos de arte mueble, el calendario y sus relaciones con el sistema teológico y centenares de otros sencillos elementos que adoptan la misma forma imprimen a las altas culturas de América un aire asiático, en parte señalando a la civilización china, en parte señalando a la del sudeste de Asia e incluso al mundo oceánico, que encuentra su más próximo paralelo en la composición étnica de los indígenas americanos.

Quedan, naturalmente, aparte las posibles conexiones atlánticas y queda sobre todo la explicación pormenorizada de los mil y un contactos y conexiones posibles, no sólo en el sentido hacia América, sino también en las posibilidades desde ella hacia Oceanía y las tierras asiáticas. Sin renunciar, por ejemplo, a las lejanas procedencias de la idea de la pirámide o las pinturas de manos en el arte rupestre patagónico, para hacer escueta re-

LAS CIVILIZACIONES DEL MAÍZ

El cultivo del maíz es originario de América. En las excavaciones de Tehuacán, en el sur de México, se han encontrado semillas de maíz cuya antigüedad se remonta al séptimo u octavo milenio.

El maíz es la alimentación básica de los pueblos precolombinos.

Su cultivo alcanza rendimientos muy elevados: 70 u 80 granos por uno en la zona seca de México, 150 por 1 en Michoacán y hasta 800 por 1 en Querétaro.

Requiere poca dedicación por parte del campesino: sólo 50 días de trabajo al año.

Excedente permanente de mano de obra.

Gracias a ello, las civilizaciones americanas clásicas, con unos conocimientos técnicos muy inferiores a las antiguas civilizaciones orientales —babilonios, egipcios, chinos—, alcanzaron un nivel material, intelectual y político comparable al de aquéllas.

Pero el maíz es un alimento incompleto, cuyas carencias vitamínicas no suplen suficientemente los tubérculos y las legumbres, muy corrientes también en la dieta indígena. Subalimentado siempre, el indio americano es muy vulnerable a toda clase de enfermedades y epidemias.

ferencia a dos temas de polémica etnológica entre los miles que cabe plantear.

Uno de los núcleos capitales es el situado en la meseta mexicana, cuya base étnica procedió directamente de las tierras septentrionales en lento avance hacia el Sur. Si para los aztecas, los últimos llegados, podemos precisar fechas y parentescos, no ocurre lo propio con los pueblos mexicanos que llegaron antes. Quisiéramos saber qué se esconde tras nombres que vemos usados constantemente (olmecas, chichimecas, toltecas y otros), que tal vez corresponden a tribus concretas o acaso tengan un sentido legendario sin equivalente etnográfico verdadero.

Ya explicamos cómo sobre la base de los pueblos cazadores y recolectores del paleolítico una serie de etapas fueron colocando los progresivos escalones que conducen a la civilización. Algunas de estas fases, formativas o arcaicas, han sido atribuidas por algunos a los otomíes. Zacatenco y Ticomán figuran entre los nombres de las fases mejor conocidas.

El horizonte preclásico se puede seguir en lo que se ha llamado Mesoamérica (centro y sur de América, con Yucatán, Guatemala y tierras vecinas en Salvador y Honduras) desde principios del segundo milenio antes de Jesucristo hasta el comienzo de nuestra era. Se puede dividir en tres períodos, situándose el tercero, el más moderno, desde el 600 a. de J.C. hasta las cercanías de la era. Hoy parece claro que en conjunto la etapa preclásica en esta zona corresponde a la enigmática y discutida cultura olmeca. Su importancia es muy grande en numerosos aspectos, no siendo el menos interesante sus posibles relaciones con la zona andina y sus numerosos rasgos sinoides. Su centro de expansión no es conocido con certeza, pero se suele fijar en los estados mexicanos de Oaxaca y Guerrero, extendiéndose por el litoral del golfo (Tabasco, Veracruz) y hasta Guatemala.

La etapa antigua (2000 a 1200 a. de J.C. aproximadamente) ofrece yacimientos tan conocidos como El Arbolillo y Zacatenco en el valle de México y sobre todo en la fase primera de La Venta (Tabasco) y en el Petén y Charcas. Del 1200 al 600 a. de J.C. se sitúa el preclásico medio, durante el cual la cultura olmeca nos aparece en yacimientos como Tres Zapotes (Veracruz) y La Venta, influyendo en otro gran conjunto, Monte Albán (Oaxaca), una de las agrupaciones monumenta-

La cultura olmeca de la costa del golfo de México se caracteriza por la creación de cabezas de extraordinarias dimensiones (Parque Arqueológico de Las Ventas, Villa Hermosa).





Pirámide de la Luna, en Teotihuacán. Se han establecido diversas épocas para los mil años que duró Teotihuacán, y la construcción de las pirámides corresponde a la primera de ellas. La entrada a esta pirámide está orientada hacia el Sur, al contrario de lo que ocurre con la del Sol.

les más impresionantes de la rica arqueología mexicana. Tlatilco y Tlapacoya, en el valle de México, pertenecen a esta fase. La última de las citadas posee las primeras construcciones piramidales y la primera es rica en figuritas de barro cocido, en las cuales ha querido verse la representación de tipos antropológicos muy diversos.

La etapa final del preclásico (600 a fin del siglo I a. de J.C.) es ya de un franco y rápido progreso. En el valle de México destaquemos Cuicuilco y Ticomán y sobre todo el comien-

zo de Teotihuacán, el máspreciado conjunto, que vivirá largos siglos para ser el santuario más famoso del valle de México. La cultura olmeca influye en la maya con las fases locales de Chicanel y Miraflores (Kaminaljuyú).

Este es el momento del gran apogeo de centros religiosos como La Venta o Monte Albán. Hallamos plataformas con columnas, con ofrendas, estelas esculpidas, estatuillas de tierra cocida con rasgos étnicos que parecen mongoloides, australoides e incluso negroi-

des, figuritas de jade. En Monte Albán hay estelas con danzarines y estucos decorativos con signos de escritura y otros que parecen símbolos de un calendario semejantes a los hallados en La Venta. Un claro paralelo con el arte cerámico chino se nos ofrece en Monte Albán I, en los vasos polipodas. En La Venta aparece la pirámide y en Cuicuilco tenemos pirámides primitivas de planta oval. La cerámica pintada adquiere en esta etapa un gran desarrollo. Nos aparecería así, en este conjunto, el paso de las comunidades campesinas a la vida urbana y a la teocracia. La correspondencia con Chavín, en la cultura peruana, es de gran interés.

Desde los comienzos de la era hasta el siglo X se desarrolla la época clásica, que puede dividirse también en tres periodos. En ella brillan grandes centros de la vida intensamente religiosa del país y naturalmente ello favorece la actividad artística y, aunque desconocemos los nombres de sus grandes artistas, esto no impide que los admiremos. Teotihuacán, Cholula, con sus inmensas pirámides; Tajín, con su pirámide que recuerda las del sudeste de Asia; Monte Albán, Xochicalco y tantas otras son las localidades que rebosan en monumentos de todo género.

En los últimos siglos de esta época la decadencia se hace visible, sin que se conozcan con seguridad las causas de la misma. Tal vez se deban a la sequía y a los cambios climáticos en general, pero a estas causas se pueden agregar revueltas sociales y ataques de los pueblos vecinos. Las invasiones de los pueblos del Norte, concretamente los chichimecas, de los que tenemos ya noticias concretas e incluso nombres de personajes, pudieron ser la causa principal de la decadencia. Tales "bárbaros del Norte" hablaban lenguas nahuas en su mayor parte.

Héroe de este pueblo es Mixcoatl, que se ha comparado con Gengis-Khan y que es tenido por fundador del Imperio tolteca. Ocupó el valle de Acolman-Teotihuacán, venciendo a las tribus nahuas llegadas con anterioridad, además de someter a mazauas y otomies. Hijo suyo sería el gran héroe mítico y reformador Quetzalcoatl (*Serpiente emplumado*), y al que se cree fundador de la ciudad de Tula. Le encontraremos más tarde como héroe civilizador, a fines del siglo X, en el Yucatán, adonde emigra e infunde nueva vida en una segunda etapa del Imperio maya. Otra versión que afirma su origen tolteca lo hace autor de un cambio religioso en el que asciende un nuevo dios, Tezcatlipoca. El Imperio tolteca se disuelve a mediados del siglo XII con la destrucción de Tula. Ya por entonces la metalurgia había adquirido notable desarrollo.

Desde fines del siglo XII hasta mediados



Diversos útiles de obsidiana procedentes de Teotihuacán (Museo Etnológico, Barcelona). El desarrollo de esta cultura corresponde al periodo llamado preclásico superior o formativo.

del XIV se desarrolla otra etapa caracterizada por la continuada acción de los chichimecas. Al frente de ellos, Xolotl destruye el Imperio tolteca y funda la dinastía de Tenayuca. Se inicia entonces una guerra prácticamente ininterrumpida entre las ciudades del fértil llano de México. Entre estas ciudades destacan Colhuacán, Atzapotzalco, Texcoco, Chalco, etc. En las comarcas de Puebla y Oaxaca han adquirido importancia los mixtecas. En el siglo XIII se suceden nuevas inmigraciones en que intervienen tepcaneas, acolhuas y los otomies ya citados.

Los aztecas, nahuatl o mexica, que habían de quedar como el símbolo del México indígena, llegan en fecha tan tardía como el siglo XIV. Sus tradiciones nos dicen de forma bien clara que venían del Norte, de un país legendario que tenía por nombre Aztlán y que debe situarse hacia el noroeste de Norteamérica. No es, pues, raro que su lengua haya mostrado pertenecer a la misma familia que la lengua del grupo shoshon, que ocupa la meseta occidental norteamericana. Por los recuerdos del pueblo azteca que han llegado hasta nosotros se han identificado lugares de su recorrido como el río Colorado, el río Gila, Casas Grandes, entre otros. Vinieron a parar a la región de Michoacán, donde los recuerdos se hacen más abundantes y precisos.

Con la llegada de los aztecas al valle de México empieza la última etapa, la más brillante por lo menos en el aspecto de domi-

EL CALENDARIO AZTECA

El calendario azteca es muy perfecto y deriva claramente de los calendarios indígenas que los aztecas encontraron en el país y esto explica las relaciones con el sistema maya. Ya dijimos que todos estos sistemas de calendario en suelo americano proceden de formas asiáticas orientales, por caminos y en época que no es fácil precisar por ahora. Aun con estas limitaciones, asombra el que en ese campo se llegara a tal perfección, que supone largas épocas de preparación y los medios de recordar los fenómenos celestes para organizar un sistema tan complejo.

Para los aztecas, el año se dividía en 18 meses de 20 días, con los que, agregando cinco días complementarios, com-

ponían el año de 365 días. Junto al anterior sistema se conocía el llamado *tonalmatl*, que acaso fuera el vestigio de un año lunar anterior en que los períodos eran 13, de 20 días cada uno, en total 260 días. No parece que en el sistema usado se agregase cada cuatro años un día complementario como en nuestro calendario juliano. Pero además conocían otros ciclos más amplios. El ciclo de Venus tenía 584 días y existía el de 4 años solares, el de 52 años y el de 104. Cada día del mes tenía su signo propio, su número de 1 a 13, y se colocaba bajo la advocación de uno de los nueve señores de la noche. Los meses se designaban con un nombre que correspondía al de la fies-

ta de su último día, teniendo cada día un nombre por el lugar que ocupaba en el *tonalmatl* y en el ciclo de Venus. Sólo cada 52 años solares coincidían las denominaciones del año solar y del *tonalmatl*, y cada 104 las de los tres ciclos. Sistema difícil de interpretar, pero perfecto.

El período de 52 años se inauguraba con el rito mágico de la obtención del fuego nuevo encima del cuerpo de un sacrificado. El día primero del año parece que era el primer día del mes *toxcatl*, que en 1521 coincidió con nuestro 3 de mayo. Cada mes tenía sus atribuciones y divinidades protectoras y, naturalmente, sus sacrificios peculiares.

L. P.



Chalchiuhtlicue, diosa del agua, en representación del arte teotihuacano.

nio político y de organización de un imperio y que además conocemos bastante bien gracias a las tradiciones conservadas todavía en el momento de la conquista. Esas tradiciones nos dan los nombres de los monarcas de las varias ciudades que figuran en la lucha que entaban por la hegemonía y que acaba con el triunfo de los últimos llegados, los aztecas de Tenochtitlán. Esta última ciudad, junto con Colhuacán, Texcoco, Atzapotzalco y Cholula, sintetizan esta interesante historia. La primera de ellas mantuvo su hegemonía en el valle de México durante tres siglos, mientras Texcoco era un centro cultural donde alrededor del 1300 se introdujo el culto de Tezcatlipoca y el monarca Quinatzin dio un impulso a su nación formando una dinastía poderosa en la que predominaba la lengua nahuatl. Era la época en que los tenochcas o aztecas iban abriéndose paso hacia el Sur.

A mediados del siglo XIV, los acontecimientos van a precipitarse. Se inicia la expansión de los tecpanecas de Atzapotzalco, quienes, al mando de Tezozomoc, dominan Texcoco y el decadente Colhuacán. Poco después del 1427, Maxtla sucede a su padre Tezozomoc. Junto a los lagos mexicanos han surgido nuevos centros urbanos: Tlatelolco, Tlacopán y sobre todo Tenochtitlán, levantada en las tierras pantanosas del lago por los aztecas tenochcas recién llegados.

En este momento surge la fuerza extraordinaria de esta última ciudad, que había de tener tan gran futuro. Los tecpanecas los habían dejado pasar para establecerse en Chapultepec. Practicaban el rapto de mujeres, por lo que fueron castigados por el rey Huitzilhuil, huyendo entonces parte de ellos a

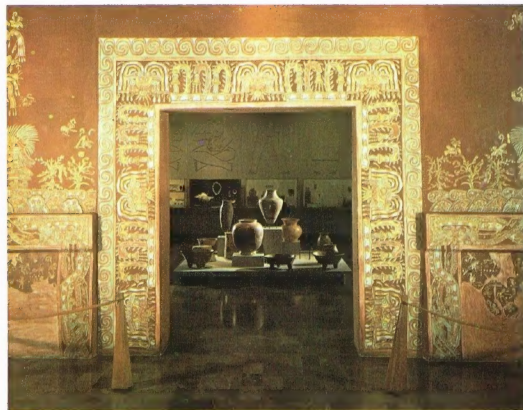


Recintos destinados a los sacerdotes, construidos al pie de la pirámide de la Luna, en Teotihuacán.

refugiarse en los islotes del lago de México. Ayudaron a Coxcox, cacique de Coyoacán, en su lucha con Xochimilco, y en premio a su valor Coxcox dio su hija como esposa al jefe tenochca. Pero los tenochcas eran crueles y sacrificaron a la joven en una ceremonia a la que invitaron a su padre y en que un sacerdote se recubría con la piel de la víctima. El padre se vengó y la Tenochtitlán del lago, que había sido fundada en 1325, en la misma época en que se fundaba otra ciudad con elementos levantiscos, Tlatelolco, sirvió de refugio a los elementos más belicosos. Un

jefe acolhua, Acamapichtli, reina en Tenochtitlán y lucha contra Tenayuca y Colhuacán. Le sucede Huitzililhuitl II, yerno de Tezozomoc, que logra vencer a Texcoco, seguido por Chimalpopoca, que fue asesinado por Maxtla.

Con el nuevo jefe de Tenochtitlán, Ixcoatl, cuyo reinado empieza en el año 1428, el papel de Tenochtitlán alcanza un lugar preponderante. El monarca azteca, aliado con Texcoco y Tlacopán, vence a los tecpanecas. La independencia que consigue es definitiva. Aparte sus victorias militares, su gobierno



Puerta y pared pintadas en el estilo propio de Teotihuacán (Museo Nacional de Antropología, México).

dejó profunda huella por su protección al culto y la construcción de templos. Por medio de terraplenes se unieron las islas sobre las que se asentaba la ciudad con tierra firme. Entre sus aliados sobresale un famoso rey de Texcoco, Netzahualcoyotl. Tenochtitlán extiende su dominio sobre chalcas y xochimilcas.

A la muerte de Ixcóatl, le sucede en 1440 Moctezuma I, el Iracundo. Venció a los chalcas y extendió su dominio hacia el Este y el Sur. Sigue la alianza con Texcoco, mientras Tlacopán desaparece de la escena política. Se le deben numerosas obras en la capital, entre ellas un acueducto. Nuevos cultos se introducen y crece la afición al sacrificio de prisioneros.

El nuevo monarca, Axayacatl, a partir de 1469 siguió la política conquistadora, alcanzando los territorios de Oaxaca y Tehuantepec, pero fue derrotado por los tarascos. Sometió la importante ciudad de Tlatelolco, que compartía con Tenochtitlán el culto al dios de la guerra Huitzilopochtli. Durante su reinado se labró la famosa pieza arqueológica llamada "Calendario azteca", en el que muchos autores ven un símbolo del universo tal como lo imaginaban los aztecas. El progreso científico de la época puede simbolizarse a su vez en la figura del rey de Texcoco, Netzahualcoyotl, gran astrónomo y al mismo tiempo hábil administrador, que murió por entonces. Fue sucedido por su hijo Netzahualpitli, casado con una princesa azteca, hermana de Moctezuma II, lo que prueba los lazos que se establecían entre los diversos estados mexicanos.

Más breve fue el reinado de Tizoc, hermano de Axayacatl. Tizoc reconstruyó el templo de Huitzilopochtli. Pero fue a su hermano Ahuizotl, quien le sucedió en 1486, al que le correspondió la tarea de inaugurarlos. Gracias a las afortunadas campañas militares de la época, se dispuso de miles de víctimas para ser sacrificadas con tal motivo. Puestos



Patio del palacio de Quetzalpapalotl (Quetzal-mariposa), rodeado de columnas de piedra tallada y decorada con figuras en todas sus caras y que estuvieron policromadas. Este palacio pudo reconstruirse casi íntegramente y es muestra de una de las mansiones de la aristocracia de Tiahuanaco.

México del Noroeste (Estados de Colima, Nayarit y Jalisco)	México Central (Estados de México, Puebla, Hidalgo y Tlaxcala)	Zona del Golfo (Estado de Veracruz)	Yucatán (Estados de Yucatán, Campeche y Chiapas)	Guatemala, Honduras y Salvador	México del Sur (Estados de Oaxaca y Guerrero)
Comienzos de la civilización clásica	Teotihuacán II Teotihuacán III Grandes construcciones religiosas: templos y pirámides Estatuaria monumental Pinturas al fresco Cerámica policroma, decorada con motivos religiosos Técnicas líticas				Zapotecos: Monte Albán II Influencia olmeca Estatuillas funerarias
200 d. de J.C.	Primeras culturas de Colima, Nayarit y Jalisco Estatuillas de barro de hombres y animales sin ningún carácter religioso		Inicio de la civilización maya Técnicas líticas, desconocimiento del metal	Expansión maya	
300 d. de J.C.	Destrucción de Teotihuacán III				
500 d. de J.C.		Totonacas: civilización de Tajín. También civilización clásica de Veracruz Técnicas líticas muy avanzadas	Apogeo de la civilización maya		Apogeo zapoteca: Monte Albán III, Monte Albán IV Urnas-retrato, al parecer de uso funerario Tumbas decoradas con frescos Grandes templos
900 d. de J.C.	Toltecas ¿Creadores de la civilización de Teotihuacán? ¿Sucesores de la civilización de Teotihuacán? Emigrantes procedentes del Norte, conocedores de los metales Estado teocrático: clanes guerreros Nuevo estilo arquitectónico Gran influjo cultural sobre los aztecas		Emigración maya hacia el Norte		
1250 d. de J.C.	Emigración de los toltecas hacia el Sur		Expansión tolteca		
	Tribus nómadas procedentes del Norte invaden el centro de México: la tribu nahua de los aztecas, con una sólida organización militar, se impondrá a todas las demás				
1430 d. de J.C.	La civilización mixteca en Puebla e Hidalgo Constitución de la Confederación azteca: conquista de México				Civilización mixteca Varios grupos étnicos Manuscritos miniados Cerámica de lujo
Conquista por los españoles					
CIVILIZACIONES CLASICAS EN MEXICO					

en fila los prisioneros, el rey y luego los altos dignatarios les iban arrancando el corazón. También se le deben notables obras públicas en la capital. Mayores esfuerzos le exigieron tascaltecas y cholultecas, que no

se avenían a ser dominados por los sanguinarios monarcas aztecas.

Le sucedió en 1503 un sobrino suyo que llevaba el nombre de Moctezuma II y el apodo de Xocoyotzin (*El más joven*). Una serie



Detalle de uno de los relieves que adornan las columnas del patio del palacio de Quetzal-mariposa, en Teotihuacán.

de años azarosos parecía presagiar desgracias y aun el fin del mundo, que los mexicanos temían siempre. La fiesta del fuego nuevo, de gran importancia en la vida de esas tribus y que era una reminiscencia lejana de un problema capital para las primeras sociedades humanas, se celebró por última vez en 1507. Tuvo que luchar este monarca con los rebeldes tlascaltecas y con Texcoco para vengar la muerte de su hermana.

Llegaron ya pronto noticias de blancos extranjeros que recorrían las costas en extrañas embarcaciones, noticias que se interpretaban de acuerdo con las viejas creencias y supersticiones que hablaban del fin del mundo o de dominaciones de héroes lejanos. En 1517 Grijalva llegaba a la región de Veracruz y en 1519 Hernán Cortés iniciaba la conquista de México. A la muerte de Moctezuma le sucedió Cacama y a éste Cuahutemoc (Guatemozin), que defendió sin éxito Tenochtitlán y fue ejecutado cuatro años después.

Para valorar el esfuerzo cultural mexica-

no en su conjunto nos haría falta conocer la historia de las restantes tribus mexicanas. En las páginas que siguen, al describir los principales rasgos de la cultura mexicana, entraremos en más detalles, sobre todo, de la vida de los aztecas, los mejor conocidos.

Mucho mayor interés que la lucha secular entre unas y otras tribus de Centroamérica, con los pintorescos y sangrientos incidentes entre sus caudillos, lo ofrece la descripción de sus modos de vida, su economía, su organización, su religión, su arte, sus conocimientos científicos. Los datos obtenidos por la investigación arqueológica y por el estudio de las tradiciones conservadas por los cronistas españoles próximos a la conquista nos permiten formar una idea bastante aproximada de cuáles eran su vida y sus costumbres en los más diversos aspectos y cuál el ambiente vital en el que se movían.

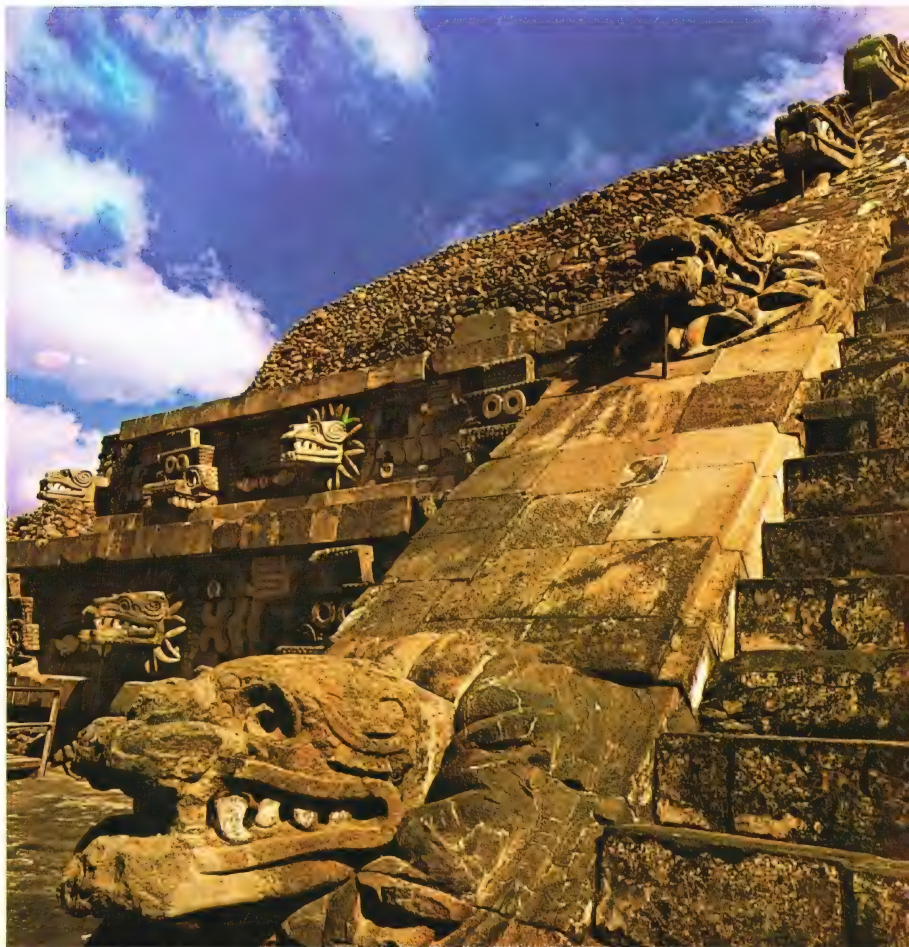
En seguida nos aparece la cultura azteca como una cultura urbana en la que la ciudad desempeñaba un importante papel, como ocurría con los conquistadores españoles. También entre ellos una gran plaza era el centro urbano y en ella se levantaba el *teocalli* o templo, así como los restantes edificios públicos. En ella convergían calles rectas y estrechas. La capital, Tenochtitlán, obedecía al mismo plano, pero contaba con calles más anchas, puentes y plazas. Algunas ciudades estaban fortificadas.

Dentro de la ciudad se daba con frecuencia el tipo de casa de piedra, de planta rectangular y cubierta de ramas, con cubierta plana o a doble vertiente. Más modesta era la casa semejante hecha con adobes o la choza oval de postes o cañas, revestida de barro y con techo de hojas de palma, que era propia de la zona costera. Una tinaja de barro servía de granero y la casa contaba a veces con temazcal o baño de vapor.

Existía una gran diferencia entre el traje de las gentes sencillas y el de las clases poderosas, que se acusaba mucho más todavía en los ornamentos. El traje simple para los hombres solía consistir en un paño entre piernas y una manta anudada sobre el hombro izquierdo, con lo que los brazos quedaban libres. No solían cubrirse la cabeza y se calzaban con sandalias de piel o de agave. Las mujeres usaban una saya y una especie de camisa corta, que llegaba hasta la rodilla, el llamado *huipil*, con diversos peinados. Las damas importantes usaban un paño pectoral



Exvoto funerario procedente de Teotihuacán (Museo Etnológico, Barcelona).



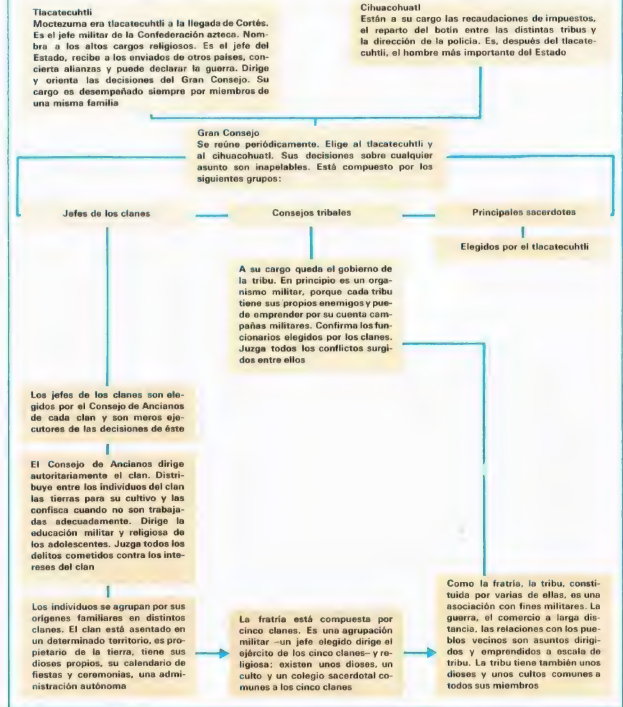
cuadrado. Los tejidos corrientes se hacían de fibras de agave o de algodón. Los señores usaban telas más complicadas y tejidos más ricos, incluso con la técnica del batik. Ricos adornos completaban los trajes de ceremonia, adornados con aplicaciones, gracias a las

cuales se adivinaba el rango del que los usaba. La manta o *tilmalli* se decoraba con los atributos tribales.

A todo superaba en magnificencia y coste el trabajo de plumas. Los señores colocaban debidamente apoyados sobre sus cabezas im-

Detalle del palacio de Quetzalcoatl, en Teotihuacán, a cuyo segundo período corresponde y cuya fachada está decorada con cabezas de grandes serpientes emplumadas y conchas, que recuerdan el tema central de su religión: el agua.

LA ORGANIZACION POLITICA DE LOS AZTECAS



ponentes dispositivos, más voluminosos que sus propias personas, que reproducían figuras animales. Los sacerdotes imitaban en sus trajes y adornos a los dioses a quienes servían. Orejas, labios y tabique de la nariz se ornaban con varillas o anillos atravesados. Plata, oro y cobre dorado se usaban como metales preciosos, a los que se sumaban placas, colgantes, cadenas, placas pectorales, collares, brazaletes, diademas de piedras preciosas, conchas, turquesas y jade, tan buscado. El monarca llevaba una diadema triangular y en mosaico de turquesa. Los mercaderes, que adquieren en esta época una gran importancia, tenían como símbolos un manojo de plumas o un bastón de bambú. Es curio-

so que usaran también como adorno la obsidiana y la resina fósil, el ámbar. No menos extraordinaria es la aplicación de piezas metálicas insertadas en los dientes. Ciertas tribus eran especialistas en determinados adornos: así, los zapotecas, en el trabajo del cobre; los mixtecas, en el del oro; los huastecas, en las conchas; los olmecas, en la piedra, lo que supone un intenso tráfico comercial. Con el pulimiento de la obsidiana se fabricaban espejos.

La afición al adorno llegaba a la ornamentación corporal, pintándose símbolos adecuados a la categoría de la persona. Para ello se empleaban las llamadas pintaderas, piezas de cerámica con las que se aplicaba la

Cabecitas de terracota del tipo llamado "retrato", posiblemente usadas como exvoto u ofrenda (Museo Etnológico, Barcelona). Corresponden al período tercero de la cultura teotihuacana o clásico de la secuencia general.



pintura. Es curioso que se conozcan pintaderas con fines parecidos en diversos lugares del Viejo Mundo, siendo abundantes en Canarias, lo que no deja de plantear un difícil problema.

La economía mexicana se basaba en el maíz. Excepto los jefes, sacerdotes y funcionarios, todos los hombres trabajaban como agricultores. La labor era de azada, con irrigación de los pequeños campos y abono con estiércol humano. El maíz se utilizaba de muy diversas maneras, sobre todo en los panes o tortas a base de la harina lograda en los metates, aromatizándolo con diversos productos. Del tallo se obtenía un producto azucarado, y de sus granos verdes, una especie de líquido con el que se hacían buñuelos. El fruto del magüey, fermentado, producía el pulque u *octli*, altamente embriagador. Si pensamos en el *peyotl* y el tabaco, nos daremos cuenta de la importancia de tales productos excitantes, o drogas, de los que se conocían muchos más. Pero tendremos que reconocer su inventiva y cuánto les debemos si recordamos el chocolate, que preparaban con cacao y vainilla.

Aparte la caza y la pesca, la agricultura era la de roza, con azadas o hachas de piedra, preparando la milpa para que el maíz se cultive en ella hasta un par de años. Otras veces se preparaba por medio del incendio, con el consiguiente abono mediante las cenizas. La caza se acompañaba del sacrificio de los gozques o pequeños perros, que constituían uno de los pocos animales domesticados por los centroamericanos. Otro era el pavo. También se explotaba la miel.

Se practicaba la irrigación donde era posible y en las regiones lacustres se cultivaba sobre jardines flotantes, las llamadas *chinampas*.

En otras técnicas hicieron grandes progresos y se hallaban en el camino de importantes logros. La metalurgia, como ya vimos, era reciente. El metal más usado era el cobre, que se trabajaba por el método primitivo, como si fuera una piedra, a martillo, o



Almena de barro teotihuacana en que se representa a Tlaloc, el dios de la lluvia (Museo Nacional de Antropología, México).



Aspecto parcial de las ruinas de Monte Albán, centro religioso que, al igual que otros puntos, adquirió gran importancia al final del periodo preclásico.

se fundía para fabricar hachas, lanzas, puñales y campanillas. Conocían la aleación con el estaño o el plomo. La orfebrería ha perdido muchísimas obras maestras por la codicia de los europeos, pero aún se conserva crecido número de piezas, figuritas animales, ornamentos, etc.

Hemos hablado ya de su perfección en la labra de la piedra. Aparte las viejas tradicionales cuchillos ceremoniales para sacrificios, la piedra, obsidiana, cristal de roca, turquesa, etc., servían para fabricar vasijas y toda clase de mosaicos.

Como ceramistas es difícil encontrar quien los iguale. Vasijas y platos de formas muy variadas llevan pinturas o grabados, con motivos geométricos o con incrustaciones de formas animales y humanas. De barro cocido eran innumerables figuritas, cuyo número es inagotable, pues servían como ofrenda en los santuarios.

No menos hábiles eran en el tejido, a pesar de lo rudimentario de sus telares. Agave, algodón y pelo de conejo figuran entre las

materias textiles. Se usaba la policromía tiñendo los hilos con productos diversos, entre los que destaca el color rojo vivo de la cochinilla o kermes. Disponían las plumas, de las que las aves americanas ofrecían riquísimas posibilidades de color, entretreídas sobre una red, y así obtenían preciosos mosaicos de plumas en capas o tocados para sus jefes y sus dioses.

Sus armas eran las propulsoras: el arco, la honda, la cerbatana. El *maquail* o macana estaba formado por una pieza larga y estrecha, de madera, en cuyos bordes se incrustaban puntas de obsidiana. Armas defensivas eran a su vez los escudos redondos y corazas de algodón.

Los medios de transporte, con la falta de animales de tiro o carga y la ausencia de buenas vías, eran muy precarios. Pero también en este aspecto la época azteca vio grandes progresos. Los pochteca o mercaderes realizaban su comercio hasta regiones alejadas y servían incluso de red de espionaje para los monarcas aztecas. El transporte tenía que realizarse llevando los bultos sobre la espalda

NUEVAS TEORIAS SOBRE LA HISTORIA PRIMITIVA DE MEXICO

Estudiar las modificaciones del medio ambiente, los distintos modos de implantación de los grupos humanos y su evolución demográfica, los cambios culturales y técnicos, y todo ello como punto de partida para describir y explicar las formas de organización e integración social que se han sucedido en el valle de Tehuacán durante casi doce mil años, desde la prehistoria hasta la conquista española, tal es, en síntesis, el programa cubierto por un equipo de investigadores norteamericanos financiados por la R. S. Peabody Foundation for Archaeology. Un balance y una primera interpretación de los resultados obtenidos han sido publicados en el último número de la revista francesa de historia "Annales" (noviembre-diciembre de 1971). Por la amplitud de sus conclusiones, el artículo replantea de manera explícita toda la historia primitiva de México.

La base material de la investigación parece muy sólida. Durante cinco años de permanencia en el valle de Tehuacán, durante los cuales no se han regateado medios ni esfuerzos, los distintos especialistas —ecólogos, geógrafos, naturalistas y arqueólogos— han podido acumular y analizar 700.000 objetos diversos y más de 200.000 restos botánicos y zoológicos, producto de la exploración arqueológica de 2,400 km² y la excavación de cuatrocientos cincuenta sitios, doce de ellos estratigráficamente.

Como se habían propuesto, sus autores no han querido limitar sus consideraciones a aquellos puntos para los que directamente sus investigaciones ofrecían datos seguros y abundantes, como las variaciones climáticas, la flora y la fauna, el equipo material y técnico de las distintas culturas, sino que, pasando más allá, han querido trazar una historia global, a la vez natural y humana, del valle de Tehuacán. Opción ambiciosa y razonable, pero cuyos límites no deben desconocerse: a medida que nos alejamos del contexto arqueológico, la verosimilitud de las observaciones se debilita paulatinamente, para acabar, al entrar en la demografía y la sociología, en el delicado terreno de lo puramente hipotético.

Nos quedamos maravillados al saber que entre el 5000 y el 3400 a. de J. C. la densidad del valle de Tehuacán era de 155 habitantes por cada 100 km², pero en este caso la cifra exacta no traduce sino la fragilidad de los cálculos. Para establecer esta densidad se ha partido de un axioma tan sencillo como discutible —a cada habitante corresponden 50 m² de restos arqueológicos— y se han realizado operaciones muy simples y claras —división de la superficie hallada para cada fase por el número total de años de ocupación; división del área-año resultante por el ca-

non de restos fijados para cada habitante—, pero cuyos factores parecen muy difíciles de establecer con relativa exactitud. En todo momento se presentan estas estimaciones demográficas como hipótesis, pero ello no es óbice para que los datos demográficos sean utilizados como base para lanzar y apoyar las distintas explicaciones sociológicas. Como es corriente en este tipo de estudios, la reconstrucción sociológica suele apoyarse en la etnología comparada. A partir de la semejanza entre los niveles cultural, técnico y demográfico de la cultura estudiada con una cultura primitiva actual, se considera que la superestructura social y religiosa de esta última nos da una imagen válida de la de aquella otra.

En los actuales estados de Oaxaca y Puebla, entre dos elevadas cordilleras, la Sierra Madre Oriental y la Sierra Mixteca, se encuentra el valle de Tehuacán. Región de agudos contrastes ecológicos, las precipitaciones son, en general, escasas, lo que determina ciertamente la existencia de una vegetación xerófila y una fauna casi desértica.

En esta región poco hospitalaria, el hombre aparece por primera vez hacia el año 10000 a. de J. C. (fase Ajuearedo, 10000-7000 a. de J. C.). Son grupos reducidos, dos o tres familias en este primer período, diez o doce en el período posterior (fase El Riego, 7000 a 5000 antes de J. C.). Nómadas, recorren todo el valle, aprovechando en cada estación los recursos alimenticios que les brindan sus distintas zonas. Hacia el 5000 a. de J. C. (fase Coxcatlán, 5000-3400 a. de J. C.), los campamentos temporales de estos hombres parecen localizarse con preferencia en los sitios más húmedos del valle, como si empezaran a buscarse conscientemente las zonas más favorables a una hidroagricultura —cultivos en campos inundados—, cuyos primeros vestigios aparecen ahora. La base de su alimentación es la caza y la recolección de frutos silvestres; la densidad es muy baja, 6,25 habitantes por 100 km². Tres rasgos definen las culturas primitivas con este nivel material: la territorialidad, la patrilocidad y la exogamia. La autoridad existe, aunque limitada a ocasiones excepcionales: cacerías colectivas, prácticas rituales.

En las fases inmediatas (Abejas, del 3400-2500 a. de J. C.; Purron, del 2300 a 1500 a. de J. C.), la agricultura se extiende a las terrazas de los valles y a lo largo de los ríos que los recorren. Por primera vez aparecen establecimientos permanentes, aldeas de chozas de barro y paja semisubterráneas. Es una sociedad cuya subsistencia depende totalmente de la recolección y la agricultura, forma de transición para la que las

sociedades primitivas actuales no ofrecen ningún modelo.

Con Ajalpán (1500-850 a. de J. C.), tres modificaciones sustanciales y estrechamente relacionadas entre sí se producen: a) concentración de la población en el borde de los ríos; los productos agrícolas constituyen el 43 % de la alimentación global. b) Sedentarización; de los trece sitios arqueológicos explorados, once son aldeas. c) Notable aumento de la población; 42,62 habitantes por 100 km², es decir, unos 1.023 habitantes en todo el valle, casi el triple de las fases anteriores. Los poblados están constituidos por la agrupación de distintos clanes matrilineales que adoran símbolos femeninos de la fecundidad.

En los años siguientes (Santa María, 850-150 a. de J. C.; Palo Blanco, 150 a. de J. C.-700 d. de J. C.), la evolución se acelera. La generalización de la agricultura de regadío, primero limitada a la orilla de los ríos, extendiéndose y conquistando luego las zonas menos favorables del valle, explica el crecimiento espectacular de la población (165 habitantes por 100 km² en la fase Santa María; 1.110 durante Palo Blanco).

Los tipos de establecimiento se tornan complejos: el pueblo, con un montículo o espacio central, a manera de plaza, con funciones administrativas, económicas o ceremoniales; la villa, que se diferencia del pueblo por poseer dos o tres áreas centrales. Junto a las viviendas, rectangulares con una o varias habitaciones, construidas en piedra, encontramos construcciones de uso colectivo: pirámides truncadas revestidas de piedra, estadios para el juego de la pelota, canales de regadío y caminos de tierra. Todo parece indicar una organización social que ha sobrepasado los estrechos límites del clan para cristalizar en una forma superior: la tribu con sus divinidades particulares, unas ceremonias colectivas y una incipiente división del trabajo (agricultores, alfareros, peones dedicados a la obtención de la sal o a las grandes obras públicas, comerciantes y sacerdotes). Una sociedad de clases en la que las pequeñas chozas de la periferia de las villas y las sepulturas húmedas se asocian a la población agrícola, mientras las viviendas de piedra del centro y las sepulturas con múltiples ofrendas pertenecen, sin duda, a los distintos especialistas.

Con Venta Salada, 700-1500 d. de J. C., y sus grandes ciudades fortificadas, cuyo nombre conocemos por los códices españoles, Teotitlán, Coxcatlán, Calipán, Zapotitlán, Chilac, estamos ya en época histórica: es el estado teocrático de Teotitlán, señorío autónomo, aliado de los aztecas.



Urna perteneciente a la época de Monte Albán II, que representa a un dios con el yelmo de ave de pico ancho (Museo Nacional de Antropología, México).

sostenidos por una faja frontal, cuando acudían a las abundantes ferias que en Centroamérica se celebraban. La navegación no se desarrolló apenas en esta región. Pero en las rutas terrestres se encontraban puentes y sabemos de mapas rudimentarios. Gran dificultad suponía la falta de una verdadera moneda, que naturalmente América no llegó a conocer. Para suplirla, el comercio se realizaba por el rudimentario sistema del trueque o tomando como valores granos de cacao, cuentas de oro, armas, útiles, adornos, polvo de oro, retazos de metal en forma de T. Se reunían los granos de cacao en número de cuatrocientos para formar un *zontli*, y con veinte de ellos, un *siquipilli*.

Estudiar la organización social y política de los aztecas ofrece el interés de examinar el momento de cambio de una sociedad primitiva a una sociedad que requiere por su extensión y ambiciones unos medios poderosos: ejército, jefes militares, incluso espías en los países vecinos, para lo que servían los mercaderes. Por esta razón encontramos en



Urna con representación del Dios 5F, hallada en Loma Larga y perteneciente a un período de transición en que a la cultura propia de Monte Albán se superponen fuertes influencias teotihuacanas (Museo Nacional de Antropología, México).

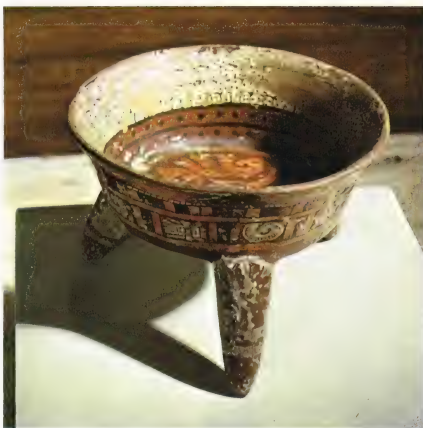
ellos formas arcaicas al lado de las impuestas por las nuevas necesidades políticas. Las viejas formas tribales, en cambio, van reduciendo su papel y hubieran acabado por extinguirse si no se hubiese interrumpido su evolución con la conquista española. El antiguo clan tolémico, con su exogamia y régimen de patriarcado, es sustituido por el predominio de la familia y también por el de los gremios artesanos. El clan, al que se pertenece por filiación, se ve sustituido por el *calpuli*, que tiene carácter territorial. Prueba de ello es que mientras habían existido siete clanes dentro de la tribu mexicana, ahora aquellos *calpulis* serán veinte, cada uno con su nombre, sus símbolos y sus cultos peculiares. La fratria era equivalente al barrio y, por tanto, se situaba entre la tribu y el clan, siendo su número de cuatro y combinando un sentido religioso y una función militar.

El *calpuli* tenía a su frente un consejo que elegía al *calpolec*, que desempeñaba importantes funciones, ya que no sólo administraba la justicia, sino que repartía las tierras del clan para su cultivo. Funciones de policía y penales, al mismo tiempo que cuidaba de la educación militar de la juventud, tenía el *tiacuah*. El *calpolec* repartía las tierras para su cultivo a los cabezas de familia, separando las dedicadas a los jefes y a los templos. El cultivo de las tierras asignadas era obligatorio, y su abandono, duramente castigado.

Cada clan elegía un miembro del consejo tribal (*tlatocan*), que cada doce días se reunía en el *tecpan*, con facultades omnímodas. A sus reuniones podían asistir grandes dignatarios. Los dos dignatarios supremos eran los dos jefes de la tribu, uno civil y otro militar, elegidos con carácter vitalicio dentro de un clan fijo. El civil era llamado *Cihuacohuatl* (serpiente hembra) y era juez supremo, ejecutor de las decisiones del consejo y recogía los tributos. El militar era llamado *Tlacatecuhtli* (jefe de hombres) y al unir la fuerza militar con el poder religioso era la primera figura en el estado en evolución. Por ello fue tomado por los españoles como el monarca de México.

Y, en realidad, cuando los españoles llegaron, México se había convertido prácticamente en una monarquía hereditaria. El primer jefe, que recibía, además del título de *Tlacatecuhtli*, el de *Huetlatlani* (el gran hablador), poseía poderes de verdadero despota y había que acercársele con la mirada baja. Recibía grandes tributos de los países sometidos y a su alrededor encontraba en los nobles sus consejeros (*tlatocan*). Aparte sus dos mujeres oficiales, contaba con un harén de ciento cincuenta esposas secundarias.

La vía hacia el Imperio había trastornado también la primitiva igualdad social, que



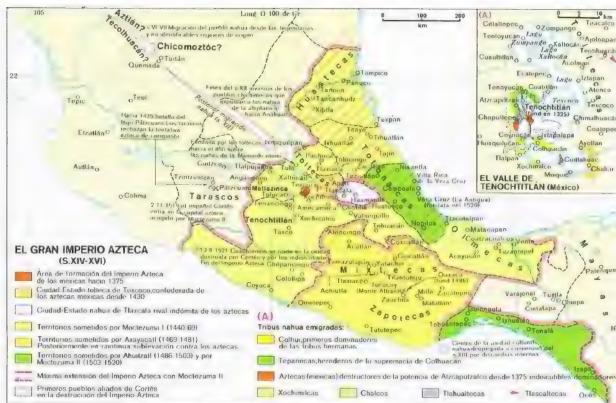
Cerámica tripode de tradición de Monte Albán I (Museo Nacional de Antropología, México), en la que se ve un claro paralelo con el arte cerámico chino.

ya no se adaptaba tampoco a la vida urbana que iba predominando. A los quince años empezaba la vida militar, de la cual sólo estaban exceptuados los que se dedicaban al sacerdocio, cuya vida incluía muchos sacrificios penosos. La situación de los mercaderes, con sus riquezas, creó otra clase social que, al igual que la de los burócratas, tendía a hacerse hereditaria. Así se va acentuando la separación entre pueblo y esclavos, por un lado, y las clases altas, sacerdotes, militares y mercaderes, por otra.

Era obligatorio casarse, y quien no lo hacía podía caer en esclavitud, al igual que el que no cultivaba las tierras que le correspon-

Reproducción de la pirámide de Tujin, con sus curiosísimos nichos, en un mural de Diego Rivera en el Palacio Nacional de México. Su construcción corresponde ya a la época clásica.





Recipiente cerámico mixteca en forma de calavera, procedente de la región de Oaxaca. Su extensión por esta zona y por Puebla debió de realizarse en el siglo X, aunque su predominio definitivo no se estableciera hasta mucho más tarde.

dian. El hijo mayor heredaba la situación del padre, pero debía cuidar de sus hermanos menores. La esclavitud desempeñaba un gran papel, y aunque podía el esclavo ser liberado en determinadas ocasiones, y eran libres los hijos de caídos en esclavitud, era frecuente que se buscasen esclavos mediante campañas militares para obtener víctimas en los cruentos sacrificios que su religión imponía. La monogamia era obligatoria y el divorcio limitado a ciertos casos. El derecho era de transmisión oral. El derecho penal era muy duro.

En realidad, lo que llamamos Imperio azteca era una federación de tres ciudades. Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopán, aunque los aztecas de Tenochtitlan tenían la hegemonía en el estado, que iba evolucionando también hacia un verdadero imperio centralizado. Pero era evidente que la falta de vías de comunicación y de animales útiles para el transporte impedía las campañas militares a regiones algo alejadas.

Sus dioses en parte eran transformaciones de concepciones totemistas primitivas y evolucionadas al contacto con los pueblos encontrados y sometidos. El carácter mágico de la mayoría de ritos es evidente y con frecuencia han conducido a lo que se llama nagualismo, creencia en espíritus protectores individuales. Entre los mitos que se nos han conservado destaca el de la creación, que supone la existencia de cuatro soles sucesivos, o sea cuatro creaciones que fracasaron, terminando en tremendas catástrofes que convirtieron a los hombres en peces, diversos

animales y monos. Por fin, la quinta creación, gracias al sacrificio de varias divinidades, tuvo éxito y se logró el hombre.

Fiestas y celebraciones religiosas eran constantes. Pero el rasgo dominante de la religión centroamericana y concretamente la azteca es el sacrificio humano, en el que ningún otro pueblo de la tierra logró tan alto grado de especialización y refinamiento. Los dioses mexicanos nos aparecen como sedientos de sangre, lo que obligaba a toda clase de sacrificios para tenerlos satisfechos. No es extraño, pues, que los propios sacerdotes tuvieran que mutilarse o herirse y dar también su sangre para aplacar a sus divinidades. Además habían de practicar oraciones, ayunos, purificaciones, danzas, etc., canto de himnos, danzas fálicas entre otras, etc.

El sacrificio corriente era el que se realizaba en lo alto del *teocalli* y en él el sacerdote abría el pecho a la víctima con un cuchillo de sílex para sacarle el corazón, que se dejaba en un recipiente, el *cuanxicatl*, y el cuerpo se arrojaba desde lo alto del templo. No era infrecuente el canibalismo con los cuerpos de las víctimas. Pero el sacrificio podía adoptar muchas otras formas. Así, se podía despellear a la víctima y colocarse el sacerdote la piel obtenida, como ocurría en el culto a Xipe-Topec. O bien la víctima había de luchar con uno o varios guerreros atada a una gran piedra. O se le mataba a flechazos, lo que constituía un rito de fecundidad.

Tlaloc requería el sacrificio de niños, mientras otros dioses pedían jóvenes o virgenes. Tezcatlipoca era más complicado,

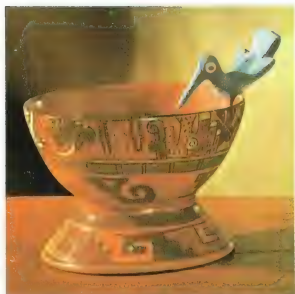


pues había que ofrecerle a un joven que durante un año había sido venerado como si fuese el dios mismo y al que se sacrificaba el día de la fiesta de mayo, en que el sol pasaba por el cenit de la capital. En algunas ocasiones se sacrificaban animales. Se nos ha conservado el dato de que la consagración del gran templo a Huitzilopochtli por Ahuitzotl exigió setenta mil víctimas. No es extraño, pues, que los sacrificadores formasen la capa superior del sacerdocio, aunque no fal-

taban los chamanes, médicos y brujos, los músicos y los adivinos. Se cree que pasaban de cinco mil los sacerdotes que vivían en Tenochtitlán.

Las prácticas funerarias eran también peculiares, haciéndose grandes diferencias entre las distintas clases de muerte. Los guerreros muertos en combate o en la piedra de sacrificios y las mujeres muertas de parto iban a la zona privilegiada del ciclo donde los grandes escogidos, en la nobleza y sacerdo-

Los "atlantes" de Tula, la ciudad fundada por Quetzalcoatl y manifestación de la cultura tolteca, cuya aparición contribuye de manera decisiva a la decadencia del período clásico.



Detalle de una página del códice de Bernardino de Sahagún (Real Academia de la Historia, Madrid), en que aparecen representados los reyes aztecas desde Acamipictli a Motecuzuma I.



cio, tenían los puestos mejores. Otros dioses cuidaban de sus adeptos, y así el dios de la lluvia recogía para el cielo a las víctimas del rayo o ahogados. Los muertos de la categoría primera se incineraban en medio de cantos y danzas. Los difuntos corrientes se incineraban y se guardaban las cenizas en una caja de piedra. Los muertos vulgares se inhumaban.

El arte se hallaba en estrecha relación con las necesidades religiosas. A causa de ello, la arquitectura había de tener una importancia excepcional. Además ha sido el arte que más obras nos ha dejado y entre ellas algunas, como las pirámides, plantean curiosos problemas de origen e influencia. El *teocalli* era la manifestación más señalada de lo que pudieron hacer aquellas gentes con medios ru-

dimentarios desde el punto de vista arquitectónico. Recuérdese que los mexicanos, como el resto de los americanos, no conocieron la bóveda o el arco verdaderos, utilizando sólo la aproximación de hiladas para cubrir sus superficies. Esto producía una arquitectura adintelada, con la que hicieron maravillas.

La forma de la pirámide pudo llegar desde lejano país, el Egipto, y a través de miles de años de intervalo. Quienes seguimos prefiriendo el difusionismo a la explicación por la invención aislada, estamos dispuestos a aceptar que entre las pirámides de Centroamérica y las egipcias hay un lazo remoto. Algunas de las centroamericanas, como la del Tajín, parecen directamente salidas de las del sudeste asiático y éstas pueden más fácilmente ponerse en relación con las del valle del Nilo. El argumento usado para desmentir esta hipótesis suele ser el que las pirámides egipcias son tumbas y las mexicanas son sólo plataformas para las ceremonias públicas, los sacrificios por ejemplo. Pero ello no nos parece un obstáculo convincente. Y además, el hallazgo, hace pocos años, de un solemne enterramiento de un gran personaje, cuya tumba contenía grandes riquezas, en la pirámide de las Inscripciones, de Palenque, permite suponer que también aquí las pirámides —al fin y al cabo, enormes y artificiales túmulos— podían tener la misma función que las del valle del Nilo.

El *teocalli* mexicano tomaba la forma piramidal escalonada, por estar construido en sucesivas plataformas, entre las que se circulaba por medio de escaleras, siempre más empinadas que lo normal en las de otros continentes. La terraza superior podía tener un pequeño templo o pabellón donde el sacrificio o la ceremonia resultaba bien visible. Es natural que los conquistadores destruyeran las pirámides de la capital, aunque ello



El llamado calendario azteca, en realidad una piedra votiva en honor del Sol, y a su lado una restauración de los colores originales (Museo Nacional de Antropología, México). "De un bloque de basalto olivino de más de 24 toneladas, en realidad sólo se aprovechó una parte, ya que todo el resto quedó sin tallar. Tal vez se haya desprendido un fragmento, lo que no permitió llevar a cabo completamente la idea original. Pero el frente está completo. Al centro tiene la cara del sol. Inmediatamente aparecen dos garras de águila, emblema del astro, y que son las manos del dios rompiendo corazones y cuatro cuadrantes que simbolizan a los cuatro soles anteriores. Es decir, que se trata del Quinto Sol. Cada uno de los soles anteriores está asociado a un punto cardinal. Cuatro puntos numerales completan el nombre del sol y su jeroglífico: 4 olin (4 temblores), que es la fecha cuando se morirá el sol que nos alumbró. El círculo siguiente contiene los veinte jeroglíficos de los días del calendario, y más afuera se ven, en forma de grandes A, los rayos del sol, el calor y la luz, así como símbolos de turquesa o jade, es decir, de todo lo precioso. Finalmente, dos enormes serpientes de fuego, la *xuēcatl* de Huitzilopochtli, tienen las colas en la parte alta y las cabezas abajo. Entre las colas está el jeroglífico 13 acatl, día en que nació el sol. De las fauces abiertas de las serpientes de fuego salen las caras de dos dioses: Xiuhtecutli y Tonatiuh. Se trata, por tanto, del sol mismo y de sus atributos, según la cosmogonía indígena" (Ignacio Bernal).

sea lamentable. Simbolizaban el poder de los pueblos vencidos, aunque sabemos que el *teocalli* principal de la ciudad de Teotihuacán media un centenar de metros de lado de la base, con cinco plataformas y treinta metros de altura. Otras pirámides famosas son las llamadas del Sol y la Luna en Teotihuacán, de quince metros de altura, a las que acompañaban otros edificios. La de Tenayuca, cerca de la capital, ofrecía detalles curiosos de ornamentación. Las de Cholula, también cerca de la capital, eran las mayores, pues una de ellas, formada por ciento ochenta millones de adobes, tenía sesenta y tres metros de altura, dos mil cuatrocientos de perímetro en la base y un volumen de un millón ochocientos mil metros cúbicos. En su cima se levantaba un templo a Tlaloc. La de Tajín, en la costa totonaca, era notable por sus innumerables nichos.

Nos imponen los varios edificios de Monte Albán y Mitla, en la región de Oaxaca, los edificios que mejor o peor conservados se levantan en Tula, Chalco, Malinalco, Calixtlahuaca, Atlilchán, Texcoco, Huexotla, Tepotztlán y tantos otros lugares. En Xochicalco encontramos edificios con galerías subterráneas.



De Coatlicue, diosa de la Tierra y madre de Huitzilopochtli, dios supremo de los aztecas, realizaron los artistas de Tenochtitlán esta majestuosa representación, en que lo terrorífico se compagina admirablemente con lo elegante y sugestivo (Museo Nacional de Antropología, México). Los aztecas de Tenochtitlán escribirían la última página de la civilización centroamericana autóctona.

Reproducción del penacho real de Moctezuma II (Museo Nacional de Antropología, México), el último emperador azteca independiente.



neas, terrazas, pirámides y un templo de granito cubierto de relieves sobre doble plataforma de veinte metros de lado.

Escultura y pintura aztecas son interesantes, aunque nos den con frecuencia figuras monstruosas. En la evolución que muestran observamos el progreso que agilita las formas. Al servicio del culto se hallaban estas

Temazcal o baño de vapor azteca, representado en el folio 77 del Códice Magliabecchi (Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia).



artes, como en general las artes industriales.

Como muestra del camino que los pueblos centroamericanos habían recorrido en la conquista de un sistema de escritura tenemos los llamados códices aztecas y varios documentos de las tierras mexicanas. Sin embargo, es claro que no alcanzaron estos pueblos el grado de progreso que observaremos entre los mayas. Se escribía en tiras largas y estrechas de piel de ciervo o de una especie de papel hecho con la corteza de un licus o de fibras de agave recubiertas de una capa caliza, primero grabado y luego pintado. Muchos son posteriores a la conquista y se refieren a tribus no aztecas. El misterio de la escritura americana no permite todavía estar seguros de su traducción, aunque no parece descabellado pensar que su contenido es mitológico, en relación con el calendario, o bien tienen carácter histórico, con listas de tribus por ejemplo. Tenemos además textos posteriores en papel, con catecismo u oraciones para los indígenas. También en relieve sobre piedra poseemos cortos textos o signos diversos. En todo caso, las figuras de la escritura azteca son jeroglíficos con interpretación convencional de las figuras, sin apenas progreso hacia el fonetismo. El carácter es llamado iconomático, en que el escriba tiene libertad para representar la misma idea o sonido con signos diversos, lo que explica la dificultad de interpretar tales textos. Siendo la numeración usada la vigesimal, encontramos signos para la unidad (un circulito),



Aquí arriba, personaje azteca representado en el códice de Bernardino de Sahagún (Real Academia de la Historia, Madrid), cuya manta o "tilmatli" ostenta los atributos tribales. A la derecha, sistema de transporte azteca (Códice Azcatitlano; Biblioteca Nacional, París), en que los bultos se llevaban a la espalda sujetos por una faja aplicada a la frente.



para cinco (una raya) y para veinte, cuatrocientos, ocho mil (banderita, pluma, bolsa).

Muchos otros aspectos cabría considerar aún en el complejo mundo de la civilización centroamericana. En lo que podríamos llamar su ciencia sobresalía la astronomía, base de su perfecto calendario. Otro aspecto curioso era el de la medicina, que naturalmente estaba profundamente ligada a la religión, ya que las enfermedades eran tenidas como castigo divino a los pecados humanos. La medicina se practicaba en el templo, bajo la protección de determinadas divinidades, incluso con intervenciones quirúrgicas. Especial aprecio tenían las comadronas. Nunciosas eran las plantas medicinales conocidas y los remedios vegetales usados, como los populares ricino y el jugo del agave. El ayuno y los baños de vapor eran corrientes.

El Caballero Águila, magnífica representación de un miembro de los grupos superiores de la sociedad azteca.





Conjunto de adornos de concha correspondientes a la cultura huasteca (Museo Nacional de Antropología, México).

Personaje azteca en traje de ceremonia (Código de Bernardino de Sahagún; Real Academia de la Historia, Madrid).



Por último, también estaban ligados a la vida religiosa la música y el canto. Los cultos se acompañaban con cantos que estimulaban el trabajo y las marchas, o con danzas y pantomimas. Los instrumentos musicales más divulgados eran los tambores, los silbatos y flautas de caña, madera, hueso o barro cocido, carracas, cascabeles, ocarina, trompa de concha, calabaza, tortuga, timbales, etc., mientras los instrumentos de cuerda se desconocían. El *mitote*, danza desenfrenada en círculos concéntricos, era muy típica. Como ejercicio ritual conocemos el llamado volador, que aún hemos visto realizar en Papautla, en país totonaca.

Estamos, en resumen, en una etapa de evolución cultural que avanzaba con cierta rapidez hacia niveles superiores y que sin duda habría logrado, con las aportaciones extrañas, notables realizaciones. Esta sería una conclusión optimista. Frente a ella cabe una visión menos idealizada y esperanzadora. La que tiene en cuenta los elementos negativos de las culturas mexicanas, por ejemplo la despiadada crueldad que sus cultos sanguinarios denotaban, junto con una cosmogonía que incitaba al pesimismo, con sus sucesivas creaciones terminadas en terribles catástrofes, lo que llevaba consigo un fatalis-

mo que parecía opuesto al progreso. Podríamos aducir también aquí los grandes vacíos de la cultura americana en general, la rueda y el transporte, por ejemplo. Tales vacíos habían de frenar cualquier impulso progresivo y no presagiaban una evolución pacífica. Pero nadie puede ya asegurar cuál hubiera sido la marcha de este mundo si hubiese seguido actuando en libertad.

Frente a los aztecos o a otros grupos étnicos mexicanos, los mayas presentan una gran unidad. Ocupaban toda una faja central en Centroamérica, desde el Pacífico al Atlántico (golfo de México y mar Caribe), dominando las regiones mexicanas de Chiapas y Yucatán, Guatemala y la parte occidental de Honduras. Eran vecinos de olmecas, mixtecos y zapotecos. Su tipo físico es característico y su lengua, de gran riqueza, es hablada todavía por gran número de indígenas.

Su historia está llena de enigmas que nos atraen, pues resulta imposible dejar de considerar a los mayas como los americanos que se elevaron a un superior grado de cultura. Gracias a su floreciente ciencia astronómica y a su escritura conocemos su cronología, que se expresa en una cuenta de días. Así, poseemos documentos muy antiguos. La fecha más alta la proporciona una estela de Tres Zapotes del 31 a. de J.C., a la que siguen una estatua de jade de San Andrés Tuxtla del 162 de la era y una placa que se conserva en Leyden, hallada en la costa norte de Guatemala, del 320. Uxactún, en el Petén, sería la ciudad más antigua que conocemos en el país.

Curioso es el caso de los huastecas, una tribu maya que se halla en la costa al norte de Veracruz. Puede haber llegado en una migración hacia el Sur o, al revés, hacia el Norte. Los autores prefieren la primera explicación, según la cual podría ser el residuo dejado por los mayas que viajaban desde Norteamérica y, en alguna hipótesis arriesgada, desde la región de los Grandes Lagos. No menos difícil es decidir sobre contactos y prioridades respecto de sus vecinos en México, olmecas y toltecas.

Se han ofrecido varios sistemas cronológicos para enmarcar la historia maya en cuanto la conocemos. Para Morley, un período premaya se extendería desde el 3000 a. de J.C. hasta el 317 de nuestra era. Seguiría el primer imperio maya, del 317 al 987. Desde esta última fecha hasta 1697 discurre el segundo imperio maya y la decadencia y final. Cada una de estas épocas comprende a su vez tres períodos sucesivos. Otra sistematización más sencilla sería la de atribuir la fase formativa (con los períodos Mamón y Chicanel) al pri-



Hongos alucinatorios empleados por los aztecas (folio 90 del Códice Magliabecchi; Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia), quienes eran muy aficionados a los excitantes o drogas.

mer milenio antes de Jesucristo y los novecientos años primeros del primer milenio a la época clásica o imperio viejo. Del 987 al 1204 correspondería la etapa tolteca de renacimiento o época de la Liga de Mayapán; del 1204 al 1441, la época del dominio comaca, y del 1441 al 1546, la descomposición en pequeños estados.

Tal vez los mayas se hallaban en los siglos anteriores a nuestra era indiferenciados en el México central, donde llegarían al río Usumacintla, foco de su dispersión ulterior, junto al foco de la enigmática cultura olmeca. Sean cualesquiera las hipótesis que se mantengan sobre esa complicada reconstrucción del pasado maya, no se puede negar que es en la región del Petén donde aparecen los primeros destellos seguros de la acción de los maya. Ya en el período premaya se conocía la escritura. La etapa premaya se conoce en Guatemala por las fases de Las Charcas, Mirallores y Kaminaljuyú. Se juntaría aquí la acción de los pueblos paya-lencas y huaves con las tribus mayas mame, quiché y pocoman.

La época del viejo imperio se puede dividir en tres períodos: 317-633, 633-731 y 731-987. Los vestigios arqueológicos abundan. Son famosas las primeras ciudades, Tikal y Uaxactún, a las que seguirán, en el período medio, las de Copán, Piedras Negras y Palenque. Los estilos cerámicos Tzakol y



Vasija azteca de obsidiana decorada con la figura de un mono (Museo Nacional de Antropología, México).

Cerámica azteca de hacia el año 1300, de decoración geométrica (colección particular, París).



Tepehú suceden a los llamados Mamón y Chicanel. La expansión maya se acentúa en varias direcciones. El último de los periodos señalados es el culminante, por lo menos en astronomía y matemáticas, aparte el desarrollo de la arquitectura. La región central del territorio maya, desde Chiapas hasta Honduras, constituye el foco más importante. Zendales, chortis, zotziles y choles eran sus tribus más importantes.

Las causas de la decadencia y ruina que tienen lugar durante el siglo X han sido muy discutidas y no se puede dar el problema por resuelto. Se ha pensado que la decadencia de esos centros, que lleva a una crisis aguda con gran disminución de la actividad artística y que termina con el abandono de los centros urbanos, se deba al empobrecimiento de la tierra, tan mal aprovechada con el sistema de las rozas por el que se preparaban los maizales. Se ha pensado también en epidemias devastadoras, en cambios climáticos y terremotos, en invasiones mal conocidas o simplemente en discordias internas. Probablemente actuó este último factor combinado con circunstancias económicas y climáticas, sobre todo por la incapacidad de la agricultura maya.

Desde hacía unos siglos (del V al IX) se producía una emigración lenta desde los focos centrales citados hacia el Yucatán, tal como nos lo relatan los libros llamados de "Chilam Balam". Allí se fundó la ciudad de Chichen-Itzá por la tribu de los itzaes, que a fines del siglo VII se retiraron a Campeche. Una nueva oleada migratoria hacia el Norte se observa en el siglo X, cuando las viejas



Cuchillo de calcedonia con incrustaciones de turquesa (cultura mixteca-azteca) empleado para los sacrificios en que se extraía el corazón (Museo Británico, Londres).



Mutilaciones rituales de los aztecas (Códice Magliabecchi; Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia). La religión azteca fue extraordinariamente sanguinaria y los dioses, no satisfechos con el sacrificio de esclavos y prisioneros, exigían que hasta los sacerdotes se mutilaran e hirieran para aplacar la ira divina con su propia sangre.

Extracción del corazón en un sacrificio humano a los dioses aztecas (Códice Matritense de Sahagún; Biblioteca del Palacio Real, Madrid).

ciudades se hallan en franca decadencia. La zona septentrional es el foco del llamado imperio nuevo, cuya fecha inicial se sitúa en el 987 y cuyo final hacen llegar algunos autores hasta el 1697. Esta larga etapa a su vez puede dividirse en período de la Liga de Mayapán (987-1194), mexicano (1194-1441) y decadencia o desintegración (1441-1697).

Un hecho trascendental se produce y da un sello propio a la etapa de formación del imperio nuevo. Es la emigración de grupos toltecas y a su frente el caudillo Quetzalcoatl (*Serpiente emplumada*), que llegan de sus centros en la meseta mexicana por causas que desconocemos y que producen el renacimiento maya. Cuculcán, que no es sino el nombre maya del héroe tolteca divinizado Quetzalcoatl, funda Mayapán, que intentaba reunir la calidad de centro religioso al mismo tiempo que político. Una dinastía, la de los cocomos, se inicia.

Inmediatamente después llegó al Yucatán otro grupo rival del anterior, el de los tutulxiu, mayanizado y procedente de México. Ahcuitoc-Xiu sería el fundador de Uxmal, a escasa distancia de Mayapán. Otra ciudad fundada por los xiu es la de Maní. Uxmal, verdadera ciudad santa de los xiu, era la metrópoli religiosa y sus jefes no se llamaban reyes, sino gobernadores de la ciudad santa. Uxmal se enriqueció y alcanzó un prestigio extraordinario e hizo notar la influencia mexicana en esta etapa de la vida maya, incluso en su religión. El apogeo de la arquitectura





Plantas medicinales utilizadas por los aztecas para combatir la fatiga de los gobernantes (Codex Badianus, en la Biblioteca Vaticana).

Tambor azteca de madera tallada, uno de los instrumentos musicales más corrientes en las danzas de aquel pueblo.



Liga de Mayapán, que unía las ciudades de Mayapán, Uxmal y Chichen-Itzá. El jefe como de Mayapán, Hunac Ceel, requiere el auxilio de mercenarios mexicanos de Xicalanco, gracias a cuya ayuda Chichen-Itzá y Mayapán tiranizan el país. En 1446, las restantes ciudades, al mando de los xiu, se sublevan y Mayapán es saqueada, acabando su dinastía. Los hechos ocurrieron así. Los xiu de Maní y de Uxmal lucharon contra Cocomo XII de Mayapán, quien recuperó su capital con el auxilio de Moctezuma I. Su sucesor, Nacot Cocomo (Cocomo XIII), fue sorprendido por la rebelión de los xiu y muerto con todos sus hijos, menos uno. Pero el conflicto sigue entre los vencedores y el imperio va extinguiéndose; se abandonan las viejas ciudades, que pronto la selva tropical recubriría hasta el olvido total. Los itzaes emigran al Petén y fundan la capital, Tatitzá. Los de Mayapán emigran a Ticoch. Los tutul-xiu se refugian en Maní y el príncipe superviviente de la matanza de los cocomos se establece en Tibulón.

En 1511 algunos náufragos españoles alcanzan el país maya y en 1517 llega la expedición de Francisco Hernández de Córdoba. El rey Moochan Xiu, heredero de las viejas dinastías, reinaba en Maní y los xiu se mostraron amistosos con los españoles. Éstos se retiran en 1531, abandonando Chichen-Itzá ante las dificultades que la conquista supone. En 1536, Nachicocomo venga la matanza de 1446 dando muerte a todos los jefes xiu. Tras nuevas expediciones, en especial la de Montejo, y la fundación de Mérida en 1541 se logró, tras muchas dificultades y sublevaciones, el dominio del Yucatán. Los xiu seguían siendo amigos de los españoles y por ello conocieron todavía una etapa de prosperidad. No se puede, sin embargo, hablar de la conquista definitiva del Yucatán por los españoles hasta el año 1697, fecha muy tardía, en que Martín de Ursúa derrota a los itzaes. Tal es el resumen de la lamentable historia política de un pueblo que tan altos merecimientos ganó en la vida cultural de América, faltándole la unidad que le habría permitido acaso subsistir bajo la amistad hispana.

Tenemos, sin duda, mayor número de datos para la cultura azteca que para la maya. Muchas veces los detalles de vida y organización se confunden entre ambas. Tampoco podemos dar un veredicto seguro respecto a cuál de las dos se hallaba en mejores condiciones para el progreso. Sin embargo, aparecen con grandes similitudes y contactos, pero con algunas notas de superioridad de lo maya sobre la cultura de la meseta mexicana. Tal superioridad puede concretarse en la escritura, la astronomía y un relativo pacifismo



Pirámide de Tikal (Guatemala), una de las primeras manifestaciones del arte maya.

que se manifiesta también en el hecho de su mitigada crueldad en los ritos religiosos. En conjunto, las tribus mayas, que tienen una rama emparentada en los huastecas del golfo, ocupan el Yucatán y territorios vecinos de México, la totalidad de Guatemala y algunas comarcas vecinas del Salvador.

Analicemos sus elementos culturales, buscando hacer notar las diferencias con la vida de los mexicanos de la meseta, que en tantos aspectos habían de ser iguales por las semejanzas de ambiente y por los contactos, emigraciones e influencias que entre ambas zonas se producían.

El traje era muy sencillo y parecido al mexicano, basado en un sencillo taparrabos para los hombres y en una camisa (*yupite*) para las mujeres. Unos y otras usaban una manta sujeta en los hombros. Disponían los cabellos en trenzas y pintaban y tatuaban el cuerpo, untándose las mujeres con perfumes; limaban sus dientes o incrustaban en ellos piedras preciosas y oro, con pendientes en las orejas y varillas o anillos en la nariz. La casa era una choza rectangular, hecha con cuatro postes y paredes de tablas, techo de hojas de palma y la puerta en la fachada de mayor longitud. Podía hacerse más rica y só-



Figurilla maya procedente del sudeste de México. Los mayas ocuparon la faja central del istmo, desde el Pacífico al golfo de México y el Caribe, y ejercieron su dominio en las regiones mexicanas de Chiapas y Yucatán, Guatemala y la parte occidental de Honduras. Su historia está llena de enigmas.



lida, de piedra y cubierta a doble vertiente.

La base alimenticia era proporcionada por el cultivo, primordialmente del maíz. Aficionados a la miel, criaban abejas. Los mayas difundieron el cacao, árbol del que aprovechaban la sombra. Con su fruto aprendieron a preparar el chocolate, que tan gran éxito había de alcanzar en el Viejo Mundo. Papel semejante desempeñaron en la difusión del uso del tabaco, y para convencerse de ello no hay sino recordar que *nicar* es palabra maya de donde procede la palabra cigarro.

Los metates para la molienda del grano abundan en sus ruinas. Usaban depósitos o recipientes subterráneos para conservar el agua. El uso de la hamaca parece ser tardío, siendo costumbre indígena el uso de camas de madera. La cerámica maya figura entre la mejor del continente. Llegaron a conocer algún precedente del torno y pintaban las vasijas con brillantes colores, mientras las calabazas usadas como recipientes eran decoradas con el vivo color de las cochinillas. No eran menos hábiles que sus vecinos en el arte del tejido, a base del algodón y de la fibra de agave. La naturaleza les ofrecía en el rico plumaje de sus aves el medio de obtener extraordinarios tejidos de plumas. La orfebrería estaba muy avanzada y la metalurgia del bronce era bien conocida. Sus medios de transporte, rudimentarios, no impedían un activo comercio, mientras el transporte por mar, en canoas, alcanzaba la isla de Cuba.

Para sus guerras bastaban el arco con dardos y jabalinas, además del hacha de combate de cobre. Sabían fortificar bien sus ciudades.

Al igual que señalamos para los aztecas, la base de su organización social era el clan totémico, exogámico y patriarcal. Pero también aquí se mostraba una evolución en el sentido de convertirse en una localización familiar, con lo que la familia sustituye en parte por lo menos al clan como célula básica de la sociedad. El padre (*yum*) rige la familia y su hijo mayor le hereda. Casa y tierra alrededor constituyen el patrimonio de la familia, que se gobierna con normas muy rígidas. El matrimonio se efectúa por compra y el adulterio era severamente castigado. El jefe de clan era llamado *halachninc*, bajo el cual se hallan varios funcionarios. El clan disponía asimismo de caudillos militares. La tribu tenía dos jefes, uno de los cuales, el *nacón*, era elegido por medio de grandes ceremonias y estaba obligado a continencia durante tres años. Los jóvenes residían aparte, dedicados a los ejercicios físicos.

Aunque no conocemos la religión maya con el detalle que deseáramos, nos damos cuenta de los paralelos y las diferencias que existían entre ella y la religión azteca, mucho

mejor conocida. El gran padre, protector de los hombres, por los que luchó contra la serpiente Hapikem, era la cabeza del panteón maya. A su lado se hallan sus hermanos: la diosa Ixchel (la Luna), su esposo, los dioses de los cuatro puntos cardinales, simbolizados por colores diversos. Héroe civilizador divinizado parecen ser Itzaná, dios del cielo y del fuego, adorado en la ciudad de Itzamal. Inventor del calendario y la escritura, estaba casado con Ixchel, la diosa de la Luna, protectora del amor y de los nacimien-

tos. Cuculcan equivale al Quetzalcoatl azteca, cuyo culto se difundió desde Chichen-Itzá durante el período tolteca. Héroe divinizado era Votan. Conocemos otros dioses menores, como Kinich, el Sol, representado con barba. Entre los maya-quiché los dioses creadores son Tepen-Cucumatz y Xuracan. Encontramos aquí también el mito de las creaciones sucesivas, terminadas en catástrofe, de manera que los hombres habían sido hechos de madera y luego de barro. En otras leyendas, los hijos de dos divinidades geme-

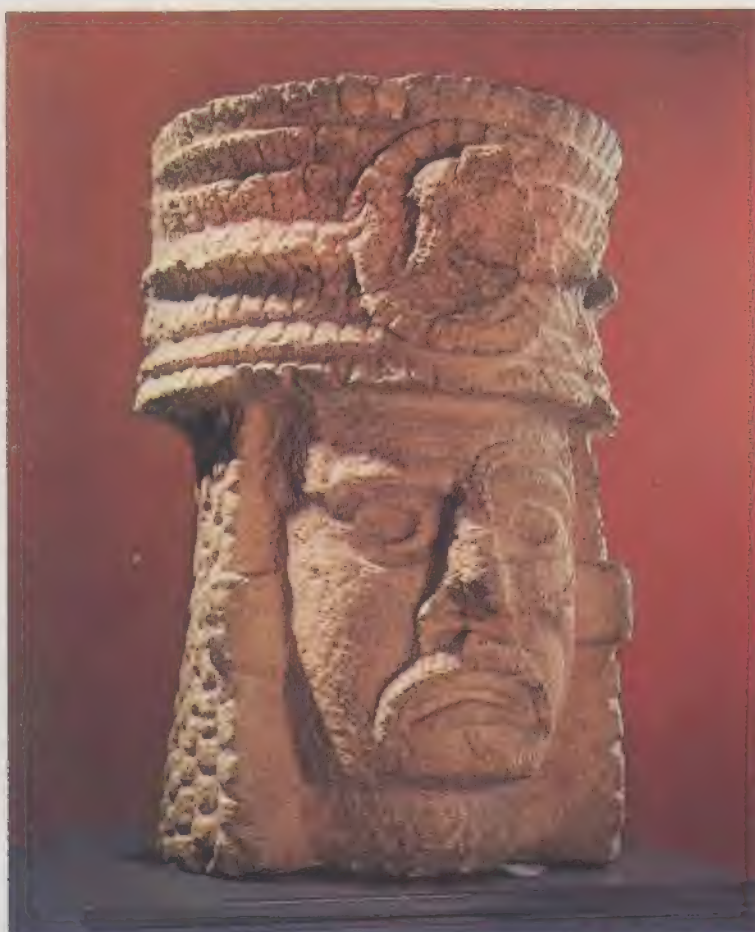
Templo de las Inscripciones, en Palenque. Construido sobre una pirámide de ocho cuerpos, contiene en su fondo una lápida con seiscientos veinte jeroglíficos, de donde procede su nombre actual. Su importancia se ha visto aumentada al descubrirse en su interior el enterramiento de un gran personaje maya, hecho que tiende a relacionar las pirámides centroamericanas con las egipcias.



En Kabah (Yucatán) se conserva el arco más ancho de todo el arte constructivo maya.



El llamado "rey de Kabah" (Museo Nacional de Antropología, México). En el lado derecho de la cara se aprecian señales de tatuaje.



las muertas por los dioses del mundo inferior triunfan de éstos.

El sacrificio humano se hallaba en la base del culto, con las modalidades que señalamos para la religión azteca. La diferencia se encuentra en el número reducido de sacrificios humanos que se realizaban. Se sustituían por sacrificios de perros y otros animales o la ofrenda de resina de copal. En caso de víctimas humanas, se sacrificaba a esclavos y a niños ofrecidos por los fieles, a los que se pintaba de azul y se sacaba el corazón o se mataba a flechazos, comiéndose después sus trozos o arrojándolos a un pozo. El sacrificio de herirse los fieles en diversas partes del cuerpo, por ejemplo pasando un cordel con espinas a través de la lengua o de la oreja, era frecuente.

Abundaban las fiestas religiosas a lo largo del año, que se preparaban con el ayuno de los fieles durante varios días. Citemos como las más destacadas el *tuphak*, dedicado a la obtención mágica de la lluvia, y las danzas en que se representaba el mito de Quetzalcoatl. Juegos como el del volador y la pelota tenían también un carácter religioso. Otros ritos eran la quema de perfumes, en especial la madera o resina de copal, en copas con una cara humana. Practicaban cierta confesión de los pecados para purificarse.



Los arqueólogos han descubierto gran número de imágenes de sus dioses y relieves con escenas de oración o con datos astronómicos o simplemente escenas históricas. Entre ellos sobresalen los relieves de Palenque y las estelas de Copán y Quiriguá. Había también imágenes de madera.

Los juegos de pelota, con su matiz religioso, adquirieron en la América central una importancia extraordinaria, tanto como pueden tener los deportes en nuestra sociedad. Prueba de ello es el gran número de recintos

dedicados a dicho juego que conocemos, no faltando en ninguna vieja localidad azteca o maya. Ninguno de tales recintos gana en extensión y riqueza al vasto campo de Chichen-Itzá, donde se conservan los muros laterales y en ellos las anillas de piedra, dispuestas a cierta altura, por las que se lograba a veces pasar la pelota, obteniéndose un meritísimo tanto. Se daba a la pelota con la cadera y los hombros. El tanto normal se obtenía haciendo llegar la pelota, contra la oposición adversaria, a cruzar la línea de fondo. El juego

Pirámide El Castillo y columnatas junto al Palacio de los Guerreros, en Chichen-Itzá, quizás el conjunto más impresionante de la civilización maya después de la aportación tolteca.



El reconstruido arco de Labná, una de las más famosas construcciones mayas.

duraba hasta la extenuación, bajo el patrocinio de la divinidad.

Una religión tan complicada requería un cuerpo sacerdotal numeroso y complejo. En general, los sacerdotes eran llamados *balames* y entre ellos se contaban los astrónomos, especialistas en el calendario y en la escritura; los adivinadores (*chilan*), que eran llevados en literas; sacrificadores (*nacon*), despreciados por los mayas. Los médicos y magos eran una especie de chamanes. Categoría superior formaban los *ahkin-mai*, de cargo hereditario.

Se solía inhumar el cadáver, tras llenarle la boca de maíz molido y con otras ofrendas, en su propia casa, que era abandonada. Si se trataba de nobles, se practicaba la incineración del cadáver y se guardaban las cenizas dentro de imágenes de madera que representaban a los antepasados, mientras el cráneo o parte de él se conservaba en una especie de altar. El destino en la vida de ultratumba dependía de la clase de muerte, dándose también, según parece, la creencia en cierta transmigración de las almas. Se creía

que los nobles, los sacerdotes, las mujeres muertas de parto y los suicidas gozaban del paraíso en diversas categorías.

Se ha dicho con razón que la arquitectura maya, aun con las mismas limitaciones que las restantes artes americanas, es la más perfecta del Nuevo Mundo. Sus ciudades inmensas, sus grandes palacios y templos, sus salas hipóstilas, sus pirámides, nos asombran por lo grandioso de su concepción y el lujo de su decoración mural de relieves, pinturas, calados, etc. Por el desconocimiento de la téc-

nica de la bóveda auténtica, las habitaciones se cubrían por adintelados o falsa bóveda en el sentido longitudinal. Los edificios, bajos por lo general, habían de colocarse sobre terrazas o pirámides. Las obras arquitectónicas son las más vistosas, pero hemos de limitarnos a citar una mínima parte de las conocidas.

En Palenque, por ejemplo, gran centro de la época del primer imperio, tenemos numerosos templos sobre pirámides y palacios. En una de sus pirámides se descubrió no hace

El Caracol, supuesto observatorio astronómico de los mayas de Chichen-Itzá.



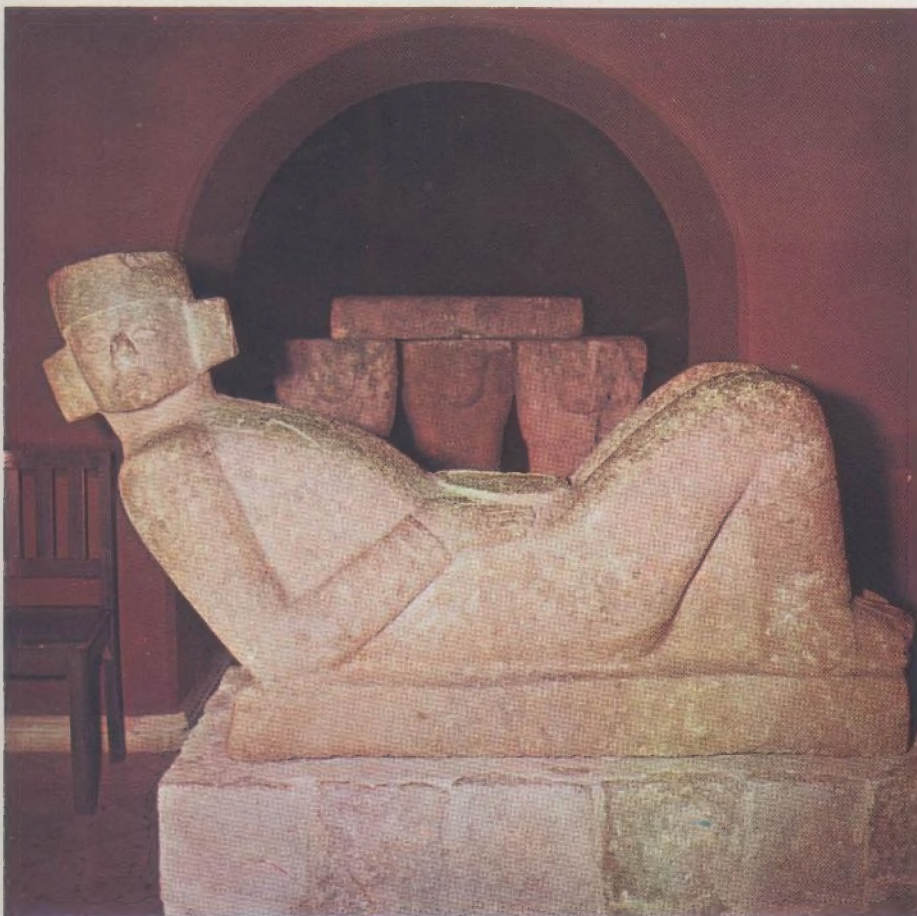


Dintel de Yaxchilán, con la representación de un jefe sometido a su inmediato vencedor. Tiene grabada una fecha que corresponde al 681 de nuestra era (Museo Nacional de Antropología, México).

muchos años una tumba oculta en el corazón del monumento, llena de impresionantes riquezas y que reivindica el papel sepulcral para esta clase de estructuras. Copán, en Honduras; Labná, Yaxchilán, Uaxactún, Piedras Negras, Tikal, Kabah, que posee el arco más ancho de todo el arte maya; Uxmal, con numerosos edificios como la alta y empinada pirámide del adivino y el llamado Palacio del Gobernador. Acaso ningún conjunto resulte tan vasto e impresionante como el de Chichen-Itzá, con su gran pirámide del Castillo, su templo de los Guerreros, junto al cual quedan vastas columnatas que, salvando las distancias, recuerdan las salas hipóstilas egipcias; el extenso juego de pelota; el Caracol, edificio con torre cupuliforme que se supone observatorio astronómico; el misterioso cenote o estanque para ofrendas, etc.

Los relieves en piedra están hechos con gran destreza y sus adornos obtienen complicado simbolismo. En la pintura, mural o cerámica, se ve mayor observación de la naturaleza. La cerámica era notable, con formas incluso animales y humanas y decoración plástica, grabada o pintada.

La escritura maya supera a las restantes escrituras americanas. Es la que estuvo más próxima a realizar el paso a los signos fonéticos. Se escribía en papel de fibra de magüey, piel, tela de algodón y en los relieves murales. Los caracteres eran cuadrados con los ángulos redondeados, a veces encerrados en una especie de cartuchos. La lamentable destrucción de muchos de tales textos, debida al exceso de celo religioso de los conquistadores, no nos permite ahora interpretar satisfactoriamente los pocos códices conservados. Con frecuencia aparecen supuestos lectores de tales textos, pero el problema es por ahora insoluble, a pesar de los datos que nos conservó el obispo Landa. Parece que los signos tenían preferentemente un valor ideográfico, pero que en ciertos casos adquirían un valor fonético silábico, y así el signo de *cab*,



Chacmool procedente de Chichen-Itzá (Museo de Mérida, México). En estas esculturas antropomorfas reclinadas que, a partir de la época tolteca, se situaban a la entrada de los templos, y en el plato que aparece sobre su vientre, se colocaban las ofrendas de los sacrificios.



Puerta del Palacio del Gobernador, en Uxmal, considerado el edificio más bello de la arquitectura autóctona centroamericana.

tierra, aparecerá en *caban*, día, y *cabil*, miel. De algunas tribus mayas, entre ellas los quiché, conocemos una literatura oral que se ha transmitido hasta tiempos modernos.

Aunque el calendario, en lo fundamental, se parece al azteca que describimos, lo que probaría un mismo origen en culturas remotas en el espacio, los signos empleados son puramente mayas. También hay aquí un año de 18 meses de 20 días, más cinco días nefastos suplementarios. Cada día (*kin*) tiene su número hasta trece, y cada mes (*ninal*), su nombre y signo particular. Veinte años forman el período llamado *katún*, que se hallaba bajo una divinidad y comportaba diversos ritos. Otro ciclo era de cincuenta y dos años. Para las ceremonias religiosas había otro período de doscientos sesenta días, em-

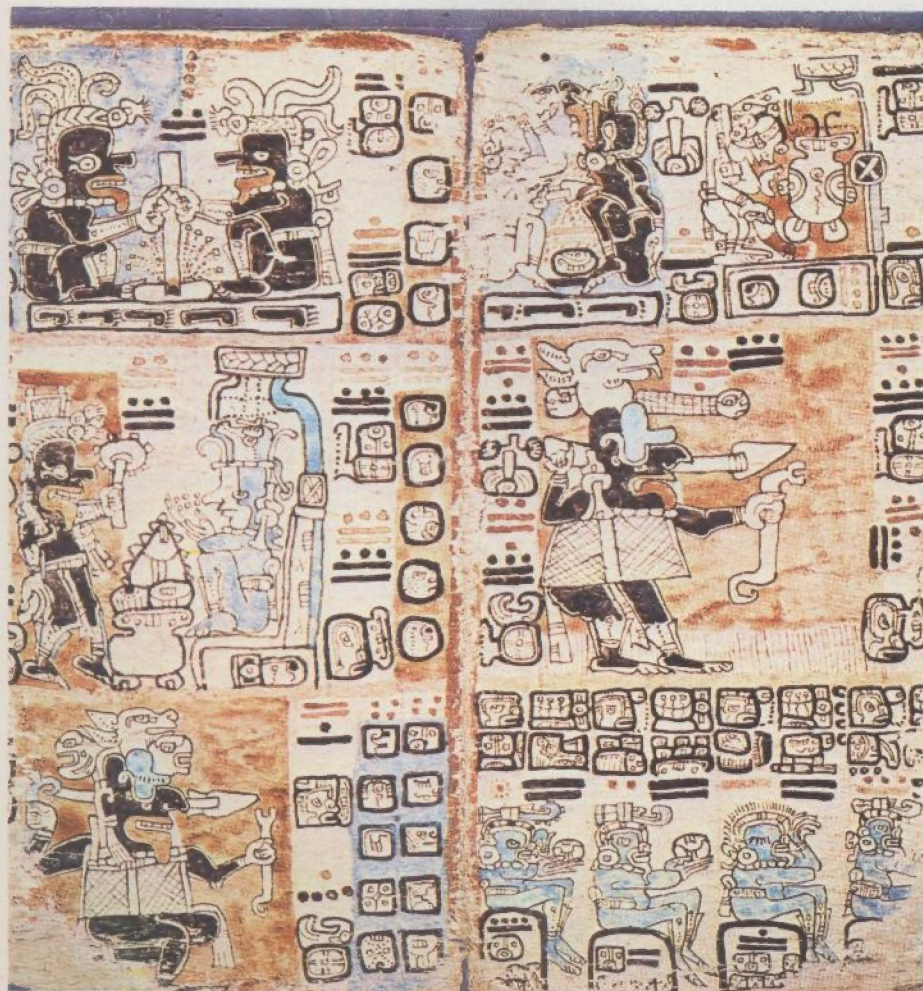
pezando el año en el mes de mayo. Se cree que hubo un año primitivo de unos cuatrocientos días, al que siguió otro de trescientos sesenta. Conocieron los mayas la necesidad de intercalar un día más cada cuatro años, así como el ciclo de Venus, los eclipses y los planetas Mercurio, Marte y Júpiter.

Su numeración era vigesimal. La unidad se indicaba con un punto, y el cinco, con una línea. Para el cálculo de la cuenta de días, base de la cronología maya, vemos la superposición de distintos órdenes que se correspondían con los períodos del calendario. Así, del veinte se pasaba al trescientos sesenta (dieciocho por veinte) y al siete mil doscientos (veinte por trescientos sesenta). Este último corresponde al número de días del período que recibió el nombre de *katún*.

BIBLIOGRAFIA

Caso, A.	<i>El pueblo del Sol</i> , México, 1953.
Coe, N.	<i>México</i> , en la colección "Ancient Peoples and Places", Londres-Nueva York, 1961.
Cook de Leonard, C.	<i>El esplendor del México antiguo</i> , México, 1959.
Covarrubias, M.	<i>El arte indio en México y América Central</i> , México, 1961.
Disselhoff, H. D.	<i>Las grandes civilizaciones de la América antigua</i> , Barcelona, 1965.
Lehmann, H.	<i>Les civilisations précolombiennes</i> , París, 1965.
León Portilla, M.	<i>La filosofía náhuatl</i> , México, 1959.
Morley, S., y Brainerd, G.	<i>The Ancient Maya</i> , Stanford, 1956.
Piña Chan, R.	<i>Las culturas preclásicas de la cuenca de México</i> , México, 1955. <i>Mesoamérica</i> , México, 1960.
Rivet, P.	<i>Cités Mayas</i> , París, 1954.
Soustelle, J.	<i>La vie quotidienne des Aztèques à la veille de la conquête espagnole</i> (2.ª ed.), París, 1955.
Vaillant, G.	<i>Aztèques du Mexique</i> , París, 1951.

Son importantísimas para México las publicaciones del Instituto de Antropología e Historia de México, en especial la revista INAH.



Detalle del códice maya llamado "Códice Trocortesiano" (Museo de América, Madrid).